

NÚMERO 15 / JULIO - AGOSTO DE 2023

TACHES Y TACHONES

REVISTA BIMESTRAL DE LITERATURA, ARTES
Y ALGO MÁS



WWW.TACHESYTACHONES.COM

REVISTA GRATUITA

TACHES Y TACHONES**DIRECTOR**

Rodolfo O.

DIRECTORA EDITORIAL

Patricia Castillejos

CONSEJO EDITORIAL

Laura Pérez Martínez
 Angelina Rivas Avila
 Mónica Teresa Müller
 Alejandro Ordóñez

COLABORADORES

Ítalo Mario Ruas Arias
 Ana Lourdes Ross Aguilar
 Marilú Ricalde
 Antonio Trejo Galicia
 Ulises Bernardo García Lozano
 Felipe Núñez
 Gildardo Montoya Castro
 Manuel López Urrutia
 Devet Seminar
 Mónica Teresa Müller
 Sergio Gaut vel Hartman
 Alejandro Chang Hernández
 Teodoro Eneas Tenenbaum
 Víctor Lowenstein

DISEÑO

Taches y Tachones

PORTADA

Alejandro Martínez

Derechos reservados.
 taches y tachones

**Editorial****El hundimiento del Titán.**

Corría el año de 1898, el escritor Morgan Robertson publicó una novela llamada “El hundimiento del Titán”, en la que predijo con lujo de detalles el accidente que catorce años después sufriría el lujoso trasatlántico “Titanic”. Con fría precisión van coincidiendo los datos de la novela con el accidente por venir y el lector va de asombro en asombro. Ambas embarcaciones chocaron con un iceberg, en el Atlántico Norte, a 400 kilómetros de Terranova; el Titanic viajaba a 23 nudos y el Titán a 25; ambos eran considerados los más lujoso y grandes del mundo; el primero medía 882 pies de eslora y el segundo, 800; ambos tenían 3 hélices y 2 mástiles; ninguno llevaba suficientes botes salvavidas para poner a resguardo a todos sus pasajeros, por lo que murieron más de la mitad; ambos fueron considerados insumergibles y sus capitanes ignoraron las llamadas de alerta. No cabe duda, hay escritores que se adelantan a su tiempo y nos llevan a preguntarnos ¿a qué se debe? ¿Imaginación, premonición, coincidencia? A saber. Lo único que podemos hacer es leer y disfrutar de su lectura. Leamos.

TABLA DE**CONTENIDO**

pg.	Una ventana al mundo (poesía y cuento)
01	La extraña / Antonio Trejo Galicia
02	Sin título / Ulises Bernardo García Lozano
03	Tierra nublada / Felipe Núñez
04	Sexo texcocano / Felipe Núñez
05	José Adán / Gildardo Montoya Castro
06	García / Gildardo Montoya Castro
07	Herida Abierta / Manuel López Urrutia
08	A un pajarito que canta en mayo / Manuel López Urrutia
09	Destino / Devet Seminar
11	Un ojo entre las aguas / Antonio Trejo Galicia
15	La flecha / Devet Seminar
17	El semáforo tuvo la culpa / Mónica Teresa Müller
21	En el refugio / Sergio Gaut vel Hartman
25	Bichos / Alejandro Chang Hernández
27	De muerte natural / Sergio Gaut vel Hartman
33	Silencio / Teodoro Eneas Tenenbaum
37	Sartán / Alejandro Ordóñez
40.	Confusión pasajera / Víctor Lowenstein
	Hablemos de Libros (reseñas)
27	Primera sangre / Marilu Ricalde
	El séptimo arte "Celuloide en llamas"
35	Bendita Ignorancia / Italo Ruas
	El mundo y el arte
50	Vuelo de brujas de Goya / Ana Lourdes Ross Aguilar

LA EXTRAÑA

por Antonio Trejo Galicia

Llamaste a mi puerta
una noche en que apenas era un niño
y no sabía bien lo que eras,
por eso accedí a tu petición,
a dejar que tus pasos corrieran
por entre mis alargados pasillos.

Entonces
era dulce tu acento, hoy
ya no tanto,
se ha desbastado tu garganta,
hoy tu timbre tiene
ecos
que hacía mucho no escuchaba
en las peticiones moribundas.

Me engañaste una noche
en que tú y yo
fuimos desconocidos
hoy tampoco sé bien
qué somos
si unos gemelos destetados de la sombra
hermanos de una sola travesía
si extraños compañeros
en un viaje
por los inmensos Urales.

Te dejé entrar una noche
y desde entonces
hundes tu cabeza en mis almohadas
quizás a la espera
de que busques cobijo entre otras gentes.

Arráncame las venas
y vierte mi sangre en tu florero
que la vitalidad de mi vino
tiña las rosas que mi pasión te
regala
deja a mi corazón pintar de rojo
las manzanas del frutero

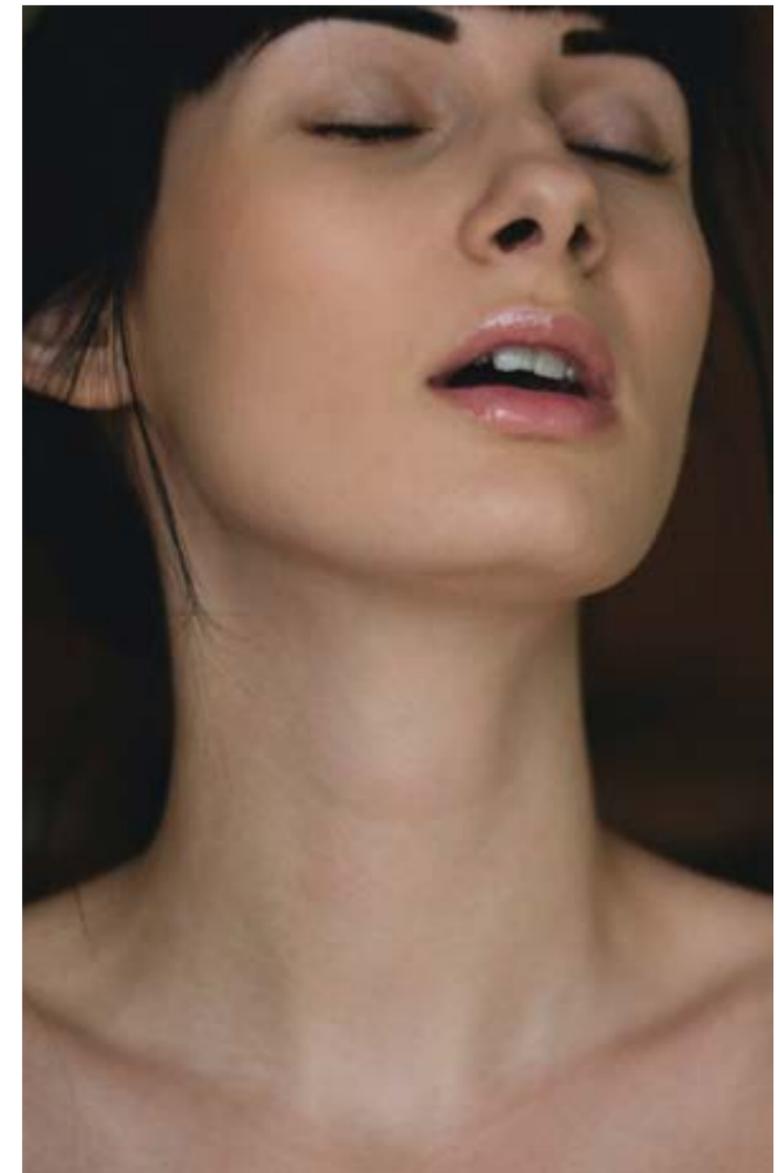
Arráncame las piernas
evita que mis pasos
sigan la idea de tus brazos
evítame la pena de caminar
en parajes desolados

Arráncame del rostro
los labios aventureros
y que destruyas el murmullo
pecador
que evoca tu nombre
que suspira tu existencia
maldice tu distancia
ahogando el deseo de besarte

Arráncame estas ansias locas
arranca los deseos perjuros
que tu divina hermosura
infunde en mis entrañas
y desentraña cada mariposa
que me haces sentir
cada parásito volador
que incita mi romanticismo
caduco

Arráncate de mi
cubre mis restos
con la piel que tu prefieras
adorna mi cuerpo inerte
con la idea de un mal momento
celebrando la utopía
de nunca conocerme

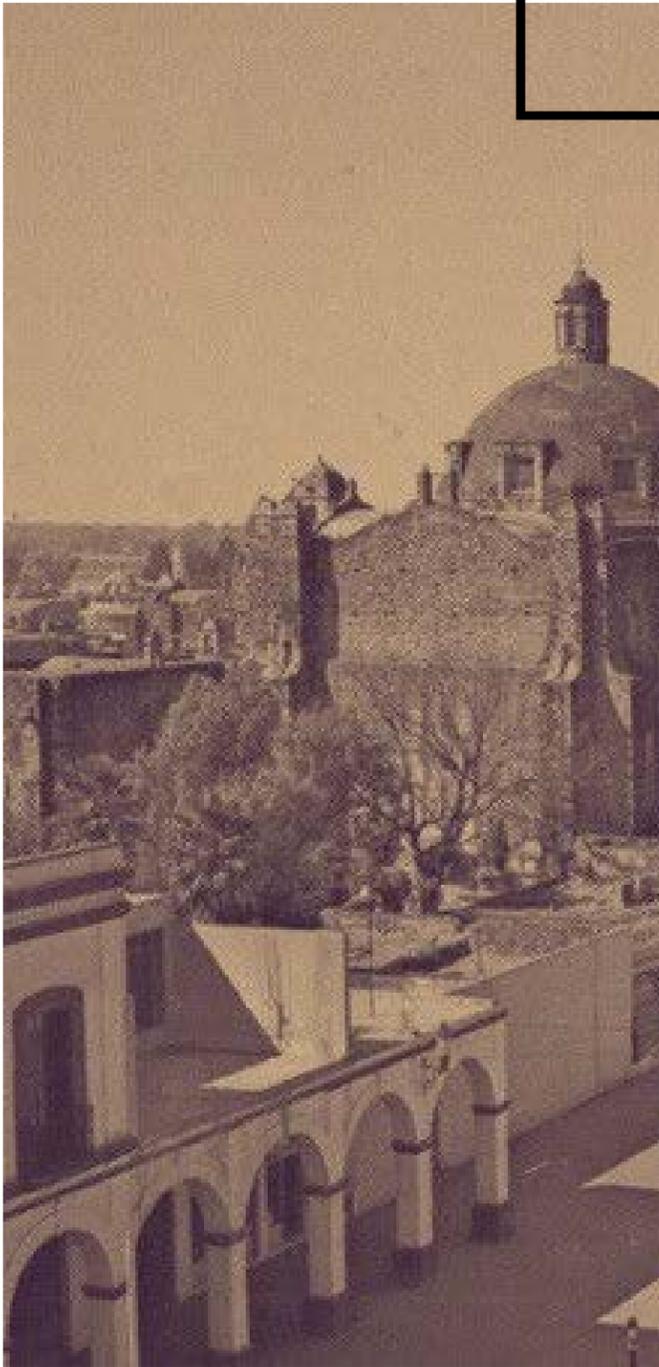
por Ulises Bernardo García Lozano



Ulises Bernardo García Lozano Abogado y músico con inquietudes literarias, originario de Fresnillo, Zacatecas ha colaborado dentro de la poesía para la Revista Poetas de Plata; así mismo es autor de diversos ensayos: "¿Somos libres?" y "La justicia y el poder: la serie Death Note desde el enfoque de Kelsen y Foucault"; "Las ideas de Santo Tomás de Aquino en el iusnaturalismo los derechos humanos" así como "Filosofía del conocimiento: entre San Agustín y Hume" publicados respectivamente en la Revista Poetas de Plata, El Consejo (Revista de Ciencia y Humanidades) y el portal español Filosofía&Co.

TIERRA NUBLADA

por Felipe Núñez



Desperté y Texcoco seguía ahí
en esa esquina que aún es esquina
en esa orilla que aún es orilla
en esa cuenca de sueños y pequeñas
pretensiones
en esa atalaya desde donde se mira el albañal
tenochca
el bruñido del crepúsculo y una tierra
desezada
y un manto aperlado de las luces de una
extraña ciudad
¡Ah Texcoco! Triste puerto
que el olvido te salve
porque yo no
-por mí te puedes ir a la chingada-
fondeadero para pueblos que vendieron su
norte
sus mañanas
atracadero para angustias
zarpadero para naciones que nunca quisieron
nacer

SEXO TEXCOCANO)

por Felipe Núñez



¿Habrase visto tal estanque?
donde las aguas más límpidas y más
sucias tienden a revolcarse
donde las aguas más frescas y más
ardientes buscan imbricarse
donde se confunden a cada instante
las aguas más lúcidas y más delirantes
las más dulces y más salobres
¡Oh Lago de Texcoco! tan seco como el
genito de un muerto
en tus ciernes ¿quién hubiera podido
imaginarte?

Felipe Núñez estudió en la Universidad Autónoma Chapingo. Trabaja temas de medio ambiente, sistemas sociales y desarrollo rural. Siempre ha sido un indio remiso, ama "Les Fleurs du Mal" de Baudelaire e "Illuminations" de Rimbaud. Regresa una y otra vez a la poesía de Villaurrutia y de Gorostiza. Nunca deja de pensar en la narrativa de José Emilio Pacheco, José Agustín y Parménides García Saldaña, y tampoco termina de "alucinarse" con la poética resistente, hambrienta y a contra-corriente, de los Rupestres. Ama las máximas infrarrealistas de Mario Santiago Papasquiaro, además del curado de nuez.

JOSÉ ADÁN

por Gildardo Montoya Castro

Cuando abro los ojos,
sigue conmigo; recuerdo
la barba púrpura y aquellas
manos celestes frente a
mi delirio;

cuando abro los ojos acaricio blanco,
gris, naranja, todos los gatos siguen
conmigo su profunda oración.



GARCÍA

por Gildardo Montoya Castro

Ahí, en la mecedora,
enteraron a García;
bebió con furia el whisky;
vaivén, murmullo metálico,
vaivén, ... su vieja silla.



Gildardo Montoya Castro. nació en Santa Rosa de Lima Guamúchil, Sinaloa en 1959, pero considera como su verdadero solar de origen a Villa Juárez, Sonora. Ha publicado en periódicos y revistas del interior de la República, en el suplemento Sábado del periódico Unomásuno; en la sección cultural de El Financiero, así como en la revista Molino de Letras. Es autor de los libros El ladrón que sobornó a la luna (UACH, 1993), Armónica para desnudar el sueño (Ediciones Molino de Letras, 2004) y Ebria ilusión del aire (UACH, 2016).

HERIDA ABIERTA

por Manuel López Urrutia

Amar es igual que vivir herido.
Vagar sin estrellas que nos sean guías
y hallándonos sólo en alegorías;
si el humo duele fue fuego lo vivido.

Al destilar recuerdos de un tiempo ido,
atraídas son las crueles erinias
hacia un corazón lleno de estrías,
harto henchido de amor y adolorido.

Como lluvia tras sequía, prometes
un renacer y un bálsamo a la pena.
Dejas profundas lesiones dolientes;

que ensayan tu efigie, cual alta almena.
las marcas de amarte son permanentes
cuando sólo dejas ausencia eterna.

A UN PAJARITO QUE CANTA EN MAYO

por Manuel López Urrutia

Voz armoniosa de la libre altura,
tu melodía sacia las diáfanas grietas
suspendidas en las frondosas puertas
que dan paso al cielo en toda su
anchura.

Diario clamas con una intención pura
sin deseo de laureles. Tras tormentas,
tus flautas seguirán siempre dispuestas
a despejar la bruma en su espesura.

Das apertura a la vida en cada huerto.
Y es en tu último trino, que de verdad,
el día se acaba tras tu concierto.

Ya las cuatro esquinas en su
inmensidad,
habrán de difundir tu trino experto;
¡que tu canto se funda en la eternidad!

Manuel López Urrutia Estudiante de la carrera de Lengua y Literatura Hispánicas en la F.E.S Acatlán. Un profundo admirador de las obras del mundo clásico; más que modelos estéticos, ve en ellas guías de vida. Genuinamente, cree que el amor y la poesía nos salvarán.



Lo que sucedió es algo que supera mi entendimiento, aunque contarle me ayuda a aquietar mi cuerpo, no sé si mi mente. Mi psicólogo lo diagnostica como “folie à deux”. En todo caso sería un delirio de a tres, porque yo también veo a Félix, incluso hemos hablado. En la última sesión, cuando le conté que Leticia habló de teorías cuánticas, el terapeuta lo desestimó.

—Es habitual refugiarse en esos argumentos cuando se está atravesando un duelo —dijo.

¡Ni siquiera con él puedo hablarlo! En cuanto intento desahogarme, me interrumpe diciendo que lo que me ocurre es que siento culpa por haberle insistido a Leticia que viviera su propia aventura y buscara la felicidad.

La que primero reaccionó fue Leticia. Al principio, la felicidad de volver a ver a Félix era potente y abrumadora para ambos. Resultaba ridículo detenerme a pensar en eso, quería aprovechar ese instante, tan intenso y tan real. Ella había recuperado su tono vital, y me esperaba todas las tardes para volver al lugar en que la calle se cruzaba en ángulo recto con la avenida. Gracias al aumento de la frecuencia de nuestras visitas a ese punto de la ciudad, los encuentros con Félix se hicieron más extensos, lo que aumentaba mi confusión. Leticia siempre fue obstinada, pero en este asunto rondaba la obsesión. Manejaba la hipótesis de que si lograba convencerlo de que no había tenido un amante todo volvería a ser como antes. Leía frenéticamente sobre efecto mariposa, bucles en el tiempo, portales a mundos paralelos y hasta viajes en el tiempo.

Para mí, las cosas eran diferentes, si bien estaba desorientada y, gracias a mi psicólogo no llegaba a creermelo del todo lo que estábamos viviendo, como mucho, sólo se trataba de un fantasma. Traté de explicarle a Leticia que Félix no volvería a la vida y si lo hacía, sería en un cuerpo diferente y como un recién nacido. Pero ella no entendía, no quería ver, me decía que los muertos tienen poderes y estaba convencida de que cuando él se diera cuenta que había tomado una decisión apresurada basándose en la premisa errónea de que ella tenía un amante, a todas luces inexistente, volvería todo atrás.

Agotada por el comportamiento obsesivo de Leticia, un día decidí cruzar la calle y tener el primer contacto directo con Félix; hasta aquel momento, solo nos habíamos limitado a saludarnos desde lejos.

—Félix, tanto tiempo —le dije y lo abracé. Me sorprendió el contacto: los brazos no pasaron de largo como en las películas; él estaba físicamente presente, aunque no se sentía igual que abrazar a un ser vivo.

—Para mí no ha pasado ni un segundo —respondió con esa sonrisa característica que llevaba encima hasta unos días antes de morir.

Miré a Leticia y luego al cielo como buscando el perdón por lo que estaba por hacer: la haría sufrir, pero me sentía obligada a tomar cartas en el asunto para sacar a mi mejor amiga de ese espiral absurdo y sin salida.

—Me mata la curiosidad —dije —, ¿estar muerto... implica conmutar los pecados?

—¿Qué?

—Si estar muerto te exime de culpas. Por ejemplo, ¿le contaste a Leticia qué sucedió realmente la noche de tu muerte? —dije con toda la inocencia que fui capaz—. Te lo pregunto porque ella cree que te suicidaste al creer que te engañaba, y creo que sabes bien que no fue así.

El rostro Félix fue palideciendo hasta hacerse transparente y luego desaparecer.

—¿Acaso has perdido el juicio? —gritó mi amiga sacudiendo mis hombros y cayendo al suelo en un llanto descontrolado.

La levanté como pude y la llevé al bar de la esquina para que se tranquilizara. Era hora de que supiera la verdad de lo ocurrido, que bajara a Félix, ese tipo soberbio y arrogante, del pedestal en el que lo había colocado. Tenía que permitirle regresar definitivamente al mundo de los difuntos, de donde nunca debió haber salido. Cuando se hubo calmado me miró enojada para decirme una vez más que yo era la equivocada.

—Siempre renegaste de la posibilidad que me está dando la ciencia. ¡Sí, la ciencia! Gracias a ella he vuelto a ver al amor de mi vida. ¿Por qué lo haces? No solo desprecias de lo valioso de esta oportunidad, sino que también lo enfrentas a él a una cruel mentira.

—¡Esto no es ciencia, Leticia! ¡Es una locura de la que debes salir antes de que sea demasiado tarde! Leticia —dije más calma—: No sé si es un fantasma o se trata de universos paralelos, de teoría cuántica o lo que diablos sea pero...

—¡Me estás sabotando, Chiara! —exclamó de pronto Leticia—. Siempre estuviste enamorada de él y tu deseo más mórbido y profundo es que no lo recupere. ¿Verdad? Antes o después tendrás que admitirlo.

La intempestiva reacción de mi amiga me sacó de quicio. ¿Cómo podía ser tan necia? ¿Enamorada yo de Félix? Leticia era incapaz de ver la realidad aunque estrellara su rostro contra ella como si fuese una puerta de vidrio, limpia, transparente, invisible.

—¡Idiota! —La abofeteé sin piedad; una, dos, tres cachetadas. Cuando terminé de hacerlo nuestra

miradas se cruzaron con odio, un odio que jamás imaginamos poseer. Leticia y yo habíamos compartido cada instante de nuestras vidas, desde que nacimos: nuestras madres también habían sido amigas desde la infancia. En algunos aspectos éramos más que hermanas. Pero Félix... Félix nos había dividido, nos había fraccionado como se parte un medicamento. Félix se había ubicado en la ranura y casi sin esforzarse nos convirtió en dos irreconciliables semicírculos. Leticia, la mitad luminosa, la pareja, la compañera. Yo, la porción oscura, la amante, la clandestina. Al decir que estaba saboteando su reencuentro con Félix, Leticia no se aproximaba en lo más mínimo a la verdad. No, no estaba enamorada de Félix; era su esclava, el objeto de sus perversidades, me mantenía sujeta a los manejos de ese hombre cruel y despiadado.

Jamás imaginé que mi amiga pudiera construir, a partir del más puro resentimiento, un instinto asesino como el que evidenció en ese momento. Tampoco logro saber cómo determinó que valía la pena esconder un filoso cuchillo entre sus ropas. Pero eso fue exactamente lo que sucedió. Apuntó directamente a la carótida y produjo un tajo profundo, irreparable.

Félix se hizo presente mientras me estaba desangrando.

—Estaba esperando este momento —dijo en voz muy baja, casi susurrando—. Vamos, Chiara. —Me tomó de la mano y salimos del bar ante la mirada atónita de Leticia. Sabía adónde me llevaba, y también sabía que de ese lugar no se regresa.

Devet Seminar nació en Breza, Bosnia y Herzegovina, el 6 de abril de 1992. Sus padres viajaron a América para huir de los horrores de la guerra cuando era un bebé de menos de un año y se establecieron en un pequeño pueblo cercano a Medellín, Colombia. Escribe desde que era adolescente, siempre en castellano.

UN OJO ENTRE LAS AGUAS

por Antonio Trejo Galicia

Queridos lectores: las líneas que a continuación se exponen podrían formar parte de una tesis de maestría o de una investigación de largo aliento, no obstante, dado que si bien el ensayo es un género idóneo para mostrar la erudición personal sobre un tema, en mi caso no puedo sino mostrar la vastedad de una cuestión que ha agobiado a la humanidad desde que adquirió conciencia: ¿por qué en la tradición popular predominan relatos sobre aparecidos y seres de ultratumba?

Las respuestas no las sé y tampoco creo que en el corto plazo la ciencia pueda explicar el mundo paranormal. No obstante, creo en la Literatura y sé que en ella hallaré algunas de las respuestas que nos están vedadas en otros campos. Desde ahí, desde la ficción, abriré esta puerta para dar una breve caminata por este paraje.

Todo comenzó en la pandemia. Mientras buscaba información que le diera sustento a mis relatos familiares para incluirlos en una novela, descubrí una publicación en Facebook que recreaba un viejo episodio que mi madre me contaba de niño sobre una de las aventuras de mi bisabuelo materno, Ignacio Alvarado, un campesino de San Gregorio Atlapulco, uno de los poblados originarios de Xochimilco, ubicado al sur de la Ciudad de México.

Después de retornar de la Revolución, don Ignacio entró a trabajar a Ferrocarriles Nacionales de México, los cuales tenían entonces sus talleres de operación en San Lázaro, situados al poniente de la capital. Para llegar a su trabajo los lunes a primera hora, y no habiendo transporte, Ignacio debía caminar en la madrugada desde San Gregorio hasta San Lázaro, buscando brechas entre la chinampería, la zona de canales que en ese entonces era más extensa de sus contornos actuales y llegaba incluso al centro de la capital.

En una ocasión, mi bisabuelo vio emerger de entre las aguas un ojo gigante que lo llamaba, pero que él, convencido de que se trataba de una manifestación maligna, hizo la señal de la cruz, rezó los misterios del rosario, apretó el paso y se alejó de aquella visión. Lo llegó a observar todavía un par de veces más, pero nunca acudió a su llamado. Pasado el tiempo, don Ignacio abandonó ese trabajo y se dedicó a las labores del campo hasta que falleció de muerte natural allá por 1980.

Esta historia no tendría mayor relevancia que cualquier otro cuento familiar, si no fuese porque en 2021 me encontré con esta publicación de Donají Olivera Reyes en un sitio de Facebook dedicado a recopilar leyendas de terror de México y el mundo, la cual guardaba muchas coincidencias con el relato de Ignacio Alvarado:

La tía Susana me contó que camino de Caltongo a Chililco por la madrugada se encontró con una luz verde pequeña que en un principio le pareció una luciérnaga, pero se le hicieron raro las volteretas que la luz daba.

Se acercó hacia ella y percibió un pequeño rumor que le decía: «sígueme que lo que te voy a mostrar te va a gustar». Y ella se espantó y echó a correr en dirección a los matorrales.

Sin fijarse tropezó y cayó por la vereda que corre a lado del camino y perdió el conocimiento: al despertar pudo ver la misma luz verde fluorescente que ahora le dijo, «párate, estaba escrito que debías ver lo que ahora te voy a mostrar», y la tía Susana la siguió hasta que llegaron a un terreno descampado; frente a ella había un ojo enorme y brillante, de tonalidades azul-agua que emitía un sonido parecido al de las lagartijas quijitas, solo que repetitivo y tan fuerte que se volvió a desmayar.[1]

Xochimilco y toda la zona sur de la Ciudad de México (que incluye las alcaldías de Tlalpan, Tláhuac, Milpa Alta y Magdalena Contreras, sin incluir las zonas colindantes con los estados de México y Morelos) tienen gran variedad de leyendas y mitos sobre brujas, duendes, nahuales, sirenas, ánimas y demás, así como narraciones sobrenaturales referidas a seres relacionados con el agua, con el nacimiento de manantiales, los flujos hídricos y los veneros sagrados, entre otros espacios mítico-religiosos. [2]

Estoy convencido que todo escritor que se precie debe ser un buen investigador, un coleccionista de pistas para armar un complejo rompecabezas personal sobre el tema que haya elegido, y dichos indicios no solo deben ser datos duros, como sin duda se exige a un periodista, un historiador o un investigador científico; debe además buscar indicios del alma, es decir, de las motivaciones

y complejidades conscientes e inconscientes de sus personajes (tarea aún más compleja cuando se trata de personas lejanas en el tiempo o el lugar), y esa introspección debe incluir elementos como los descritos en esta historia.

Como creador, decidí volverme escritor para contar mi historia familiar, ubicando a sus personajes en un tiempo y un lugar determinados, y en ella abundan los relatos de carácter sobrenatural atribuidos a todos mis antecesores, entre ellos el propio Ignacio Alvarado, quien no sólo veía este tipo de episodios paranormales, sino que incluso los enfrentaba físicamente y salía victorioso.

Debo también considerar que en México son muy solicitadas las historias referidas a lo misterioso y sobrenatural, que cuentan con vastos consumidores entre todos los grupos de edad y de distintos estratos sociales, con autores como Bernardo Esquinca (Mar negro, 2014), Fernanda Melchor (Temporada de huracanes, 2017) o Alberto Chimal (La visitante, 2022), muchos de los cuales retoman elementos del folclore nacional y lo adaptan a la actualidad, conformando un valioso y dinámico género fantástico.

Fue precisamente en una clase de reapropiación de los textos clásicos, que me surgió la pregunta si aquello que vio mi bisabuelo no fue sino un Aleph, el mítico lugar/objeto/fenómeno, “el lugar donde están, sin confundirse, todos los lugares del orbe, vistos desde todos los ángulos”, [1] descrito por Jorge Luis Borges: “(...) vi una pequeña esfera tornasolada, de casi intolerable fulgor. Al principio la creí giratoria; luego comprendí que ese movimiento era una ilusión producida por los vertiginosos espectáculos que encerraba”. [2]

[1] (S/f-b). Recuperado el 28 de febrero de 2023, de <http://chrome-extension://efaidnbmnnnibpcajpcglclefindmkaj/https://www.ucm.es/data/cont/docs/119-2014-02-11-Borges.El%20Aleph76.pdf>

[1] Id.

[1] Id.

[1] Facebook. (s/f). Facebook.com. Recuperado el 26 de febrero de 2023, de <https://www.facebook.com/groups/1171728743202620/permalink/1389033024805523/>

[2] <https://relatosehistorias.mx/nuestras-historias/les-gustan-las-historias-de-horror>

autor), pero que además lo redirecciona hacia el ojo de la providencia, cuyas imágenes son visibles en las logias masónicas, en los billetes de un dólar, en el altar de las iglesias.[1]

O quizá fue un ángel, semejante al que se enfrentó Jacob en el texto bíblico, por el que pasó a llamarse Israel, según consigna el Génesis en su capítulo 32:

Y habiéndose quedado Jacob solo, estuvo luchando alguien con él hasta rayar el alba. Pero viendo que no le podía, le tocó en la articulación femoral, y se dislocó el fémur de Jacob mientras luchaba con aquél. Este le dijo: «Suéltame, que ha rayado el alba.» Jacob respondió: «No te suelto hasta que no me hayas bendecido.» Dijo el otro: «¿Cuál es tu nombre?» -«Jacob.» -En adelante no te llamarás Jacob sino Israel; porque has sido fuerte contra Dios y contra los hombres, y le has vencido.» Jacob le preguntó: «Dime por favor tu nombre.» -«¿Para qué preguntas por mi nombre?» Y le bendijo allí mismo. Jacob llamó a aquel lugar Peniel, pues (se dijo): «He visto a Dios cara a cara, y tengo la vida salva.»[2]

Para reforzar este argumento, hace también algunos años en redes sociales encontré un reel[3] en donde se mostraba una reinterpretación posmoderna de un querubín, basado en el libro del Apocalipsis, con claras reminiscencias a las descripciones angélicas del libro de Ezequiel (en el Antiguo Testamento), el cual también se asemeja a lo descrito tanto en el relato de Ignacio Alvarado, de la tía de Donají Olivera y del propio Borges.



Esta imagen corresponde al siguiente texto:

En medio del trono, y en torno al trono, cuatro Vivientes llenos de ojos por delante y por detrás (...). Los cuatro Vivientes tienen cada uno seis alas, están llenos de ojos todo alrededor y por dentro, y repiten sin descanso día y noche: «Santo, Santo, Santo, Señor, Dios Todopoderoso, "Aquel que era, que es y que va a venir".»[1]

También se debe considerar que Ignacio Alvarado pensó que ese ser era un demonio, pero ¿qué otra cosa no son los demonios, dentro de la tradición cristiana, sino ángeles caídos? Luego entonces, lo que él vio pudo ser un ángel, o quizá un Aleph, pero nunca lo sabremos porque no alcanzó a tocarlo. Quizá aquel ojo era un ser distinto o todos en uno: todo es posible desde la literatura.

Antonio Trejo Galicia (Ciudad de México, 1971). Periodista y escritor. Estudió la Licenciatura en Ciencias de la Comunicación en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Se ha desempeñado como periodista en las revistas Actualidad política y Los legisladores, además de coeditor de la sección Universidad en el periódico La Razón.

En la UNAM ha trabajado en la Dirección General de Comunicación Social, en el Boletín de la Facultad de Derecho y en la Facultad de Química (FQ), donde es editor de la Gaceta FQ y coordina la Imprenta de esta misma entidad.

En 2013 ingresó al Taller de Creación Literaria de la Editorial De otro tipo. Ganó los concursos literarios de la FQ en las categorías de Cuento y Cuento corto, uno de ellos publicado en la revista digital Punto en Línea, la revista en internet de la Dirección de Literatura de la UNAM. Es autor del libro La Rusa y otras historias violentas (2019), presentado por el escritor Felipe Garrido.

En 2021 formó parte del curso El oficio de escribir, organizado por Cursiva, Zenda y Penguin Random House, con la participación de los escritores Arturo Pérez-Reverte, Rosa Montero, Elmer Mendoza, Juan Eslava Galán, Juan Gómez Jurado y Emilio Lara. Actualmente es alumno de la primera edición del Diplomado en Escritura Creativa y Crítica Literaria, de la naciente Escuela de Escritura de la UNAM.

[1] El cuento se llama Oculus providentiae y está programado para la edición de abril de 2023 en la revista Taches y tachones (<https://www.tachesytachones.com/>).

[2] (S/f). Com.br. Recuperado el 27 de febrero de 2023, de <https://www.bibliacatolica.com.br/la-biblia-de-jerusalen/genesis/32/>

[3] (S/f-d). Tiktok.com. Recuperado el 28 de febrero de 2023, de <https://www.tiktok.com/@diegomoon01/video/7119147257022172421?lang=es>

REAL DE SAN MIGUELITO ARCÁNGEL

NOVELA ANTI HISTORICA

Escrita por Alejandro Ordóñez

Navegando siempre hacia Occidente, desafiando todos los peligros existentes, el valiente, el temerario, el heroico Cristóbal Colón llegó a las Indias. ¡Bendito Dios!

La novela nos retrata la vida en la Nueva España y las travesías del Nuevo Mejiico a España, una vez consumada la conquista, nos guía a través de los defectos y virtudes de lo que estamos hechos los seres humanos: la codicia, el odio, el engaño, el honor, la lealtad, el erotismo, el amor, la vida, la muerte, los héroes, los villanos, al final todos mortales; patrones que se repiten desde los tiempos más remotos hasta nuestro días, historias, leyendas, anécdotas, cuentos que se transmiten de generación en generación a través de los abuelos, de los tatas, de los patriarcas, de los jefes del pueblo, de padres a hijos, que dan origen a los pueblos, a las culturas.

“pueblo aguerrido acostumbrado a defender sus derechos con uñas y dientes, donde sin distinción de sexo se lucha a muerte antes que dejarse vencer”

Fue George Orwell el que alguna vez diría “la historia la escriben los vencedores”. De Real de San Miguelito Arcángel, novela antihistórica ¿Quiénes son los vencedores? ¿Quiénes son los vencidos? Los conquistadores, los conquistados, Malitzín, Malinche, El capitán Santiago de Benavente, la tribu perdida, los españoles, la nueva raza mestiza, Don João Costa, Cristóbal Colón, el Rey Carlos, Moctezuma, la Reina de Portugal, Doña Jimena, Don Jacob, los tatas, El Duque de Gandía, el Papa Clemente VII, la santa iglesia, la santa inquisición.... Personas reales, personas ficticias que viven la esencia humana, que crean la historia y la hacen nuestra.

Real de San Miguelito Arcángel nos envuelve con el aroma del chocolatl, el sonido alegre de panhuéhuets y chirimías, el horror del ruido generado por los cuerpos humanos rodando por las escalinatas después de los sacrificios humanos, la tensa calma chicha en medio del mar, los lujosos y ostentosos palacios, las selvas, los puertos, los navíos, las minas, el brillo del oro, al final siempre el oro.

“Entró a la catedral de San Miguel Arcángel, se estremeció al conocer la historia de la tribu perdida y ver de cerca las facciones de esos indígenas inmortalizados en el monumento a los fundadores, están ahí los niños, mujeres, ancianos y hombres jóvenes, cuyos rostros reflejan el miedo y la esperanza propia de los que ignoran si van en busca de la libertad o de la muerte”

Jose Luis Pérez León

EN VENTA POR AMAZON.COM

amazon.com



LA FLECHA

Por Devet Seminar



La flecha dio en el blanco, aunque Berest no recordaba haberla lanzado nunca. Sus manos no estaban en el arco y ni siquiera había tocado una de las muchas flechas que se amontonaban en un rincón. Nurio, que no dejaba de fabricarlas, las iba colocando en el suelo, como si estuviese en una misión secreta, incapaz de ser detenido, como si se le fuese la vida en la fabricación de esas flechas. Pero tampoco él había disparado una. Ambos podían jurar que habían visto la flecha volar hacia el blanco que habían colgado de un árbol que estaba fuera de la casa. Habían escuchado el impacto. Hasta se habían escuchado algunos aplausos. ¿Pero de quién, si ellos estaban solos en un bosque, en el medio de la nada? Los animales también parecían detenidos en sus escondites. No sabían si se acercaba el peligro de lo físico o el temor irracional de lo sobrenatural.

—Alguien tiene que ir a buscar esa flecha —murmuró Nurio. Berest lo miró. Sólo ellos dos estaban en la cabaña, así que Nurio estaba implicando que él no iba a ir a buscar nada. Pero Berest tampoco quería ir. Una cosa es imaginar escenarios sobrenaturales donde todo se explica científicamente y otro muy distinto es ver una flecha volar y ensartarse con una perfección inaudita. Eso sin contar los aplausos.

—¡Cobardes! —susurró alguien... Ambos se dieron vuelta intentando ver en la oscuridad.

—¡Es la abuela! —dijo Nurio—. ¿Abuela dónde estás? ¿Estás realmente aquí? ¡Por favor! ¡Haznos una señal, te necesitamos!

—Estás delirando —señaló Berest. El silencio era absoluto, los muchachos recorrieron con la mirada el interior de la vieja cabaña donde tantas veces habían ido de niños a escuchar las historias fantásticas de la vieja a la que siempre habían llamado abuela. Conocían el lugar como las palmas de sus manos. Habían explorado ese verde paisaje, desde que tenían memoria. Incluso habían bautizado “camino de los troncos” al pasaje que desembocaba en la cabaña. Los troncos que oficiaban como barandas al lado del sendero, eran de un marrón oscuro y los árboles, tan altos y su follaje tan espeso, que en pocos lugares llegaba a filtrarse algún rayo de sol. La vida los había alejado del lugar, pero siempre que podían, volvían a respirar ese aire puro que los llenaba de vida. Esa mañana habían ido temprano. Querían armar las flechas con tiempo para poder jugar, a quién tenía mejor puntería desde la ventana destartalada de la casa, como lo habían hecho tantas veces. Le constaba que no había nadie en el lugar, sin embargo, el ulular de la flecha que ninguno de ellos había lanzado y el sonido de los aplausos los sorprendió.

—¡Es la abuela! —insistió Nurio.

—¡No, Nurio! Ya no somos niños, y tampoco somos adultos crédulos que aceptan lo sobrenatural como simples idiotas. La abuela murió, ¿recuerdas? Asistimos a su funeral. Fuimos al crematorio. Vimos que sus cenizas eran esparcidas por su huerta.

—¿Y si es un fantasma? ¿Y si fue ella la que impulsó la flecha?

Berest movió la cabeza de un lado a otro. No podía creer que el cerebro de Nurio se hubiera reblandecido hasta el punto de imaginar que la abuela, desde el más allá, podía impulsar una flecha, y no sólo eso, dar en el blanco. Trató de recordar si la vieja había disparado alguna vez y le fue imposible.

—Iré a buscar la flecha —dijo Berest finalmente. Era el mejor modo de zanjar el asunto. Pondría distancia con su amigo, le daría tiempo para reflexionar y salir de la ciénaga en la que se había metido.

—No vayas —dijo Nurio—. No vayas —repitió.

—¿Me vas a dar una buena razón o será otra estupidez al estilo de “te atacará un monstruo, hay zombies en el bosque, una bruja malvada está esperando para matarte y comerte”.

Nurio bajó la cabeza y se sentó en una silla desvencijada. Berest salió de la cabaña y caminó hacia el blanco. Estaba anocheciendo y las sombras empezaban a adueñarse del lugar. Tal vez fue por eso que no logró advertir a tiempo que la flecha estaba de regreso y se le clavaba certeramente en el corazón.



Devet Seminar nació en Breza, Bosnia y Herzegovina, el 6 de abril de 1992. Sus padres viajaron a América para huir de los horrores de la guerra cuando era un bebé de menos de un año y se establecieron en un pequeño pueblo cercano a Medellín, Colombia. Escribe desde que era adolescente, siempre en castellano.



En Buenos Aires era un día nublado, aún quedaba el vestigio de las veredas húmedas producto de la niebla con la que había despertado la Ciudad. El clima, de características cambiantes, cargaba de incertidumbre a los porteños con respecto a la manera de vestir.

La señora Poch frenó su Fiat frente a la luz roja del semáforo de la Avenida Córdoba y Gascón. La pantalla gigante, que colgaba a la altura de los últimos pisos de los edificios, la dejó boquiabierto. La imagen de un hombre que modelaba en calzoncillo le produjo una sensación de embobamiento mezclada con la de perplejidad.

No cabía duda que era él, su ex pareja, pero: "¿Cómo puede ser?", se preguntó, si ya no estaban juntos porque su partida había sido definitiva.

Los bocinazos la sobresaltaron y la regresaron a la Avenida. Sobre la mano en la que estaba parado el auto, un boulevard le ofrecía el espacio para estacionar, y eso hizo.

Susana Poch estaba confundida, el corazón había acelerado los latidos y las imágenes de su vida arremetían contra el deseo de calmarse y pensar.

El ladrido de un perro que llevaba una mujer entre sus brazos, la relajó por un instante. Pasó un trapo sobre las ventanillas del auto para desempañarlas, mientras murmuraba: "Sos viejito, amigo, pero de cuántas me salvaste".

El sol intentaba deshacerse de las nubes, y una ventisca sureña colaboraba para que eso sucediera.

La mujer permitió que su mirada vagara entre la gente que cruzaba por la senda peatonal; la propaganda de la figura que modelaba ropa interior había dejado paso a otros anuncios, pero la sensación de tenerlo a su frente, persistía. Consideró que había una diferencia en la mirada del hombre del anuncio con la de la ex pareja. Quedó ensimismada en sus pensamientos, movió la cabeza para ambos lados como negando lo sucedido y trató de serenarse; giró el espejo del auto y se observó, quiso tener la seguridad que no soñaba. Acomodó los cabellos, las cejas traviesas, se sentó mejor, dio arranque al Fiat y siguió por Córdoba.

Durante los días siguientes a lo ocurrido frente al semáforo, evitó manejar por la misma ruta. Las noches de Susana ya no fueron de sueños tranquilos y placenteros, se despertaba sobresaltada y con palpitations de las que le costaba recuperarse. Aquella mirada del modelo en la pantalla gigante, la perseguía día tras día.

No le resultaba agradable recordar al que fuera su compañero durante diez años. Abel había sido el amante perfecto, el hombre que le infundiera la fortaleza necesaria para continuar de pie ante la vida luego de su viudez, pero el hombre no había tenido en

cuenta la necesidad de pertenencia de Susana. El Doctor Abel Barceló tenía una familia a la par de su relación con la amante, y a la que no pensaba abandonar porque el qué dirán, formaba parte de sus preocupaciones.

Los encuentros de los amantes en el departamento de la calle Juncal, en pleno Barrio Norte, se sucedían de forma irregular, "salteada", como lo expresaba Susana. Disfrutaban uno de otro en el único ambiente de la vivienda. Los cuerpos se reconocían en la oscuridad como en la luz, vibraban con las mutuas caricias y enloquecían en el momento justo en el que el amor de dos, se hace uno. Todo parecía perfecto e imposible la injerencia de la destrucción; hasta los sillones del espacio elegido, vestidos con una rústica tela, guardaban por días el calor de los amantes; cada retrato y adorno era el resultado de una decisión compartida. Sólo existía una causa por la que la señora Poch lloraba: quería ser madre, pero él no deseaba ser padre.

Se iniciaron, por esa causa, discusiones en la que los gritos de ambos llegaron a incomodar a los vecinos. Poco a poco los encuentros se fueron distanciando, hasta que no sucedieron más, y la señora Poch se instaló en el mono ambiente que él pusiera a su nombre como pago por la negativa a ser padre.

Habían transcurrido tres años de la ausencia de Abel y que Susana lograra enterrar los recuerdos, encajonarlos en una baulera, pero la frenada ante la luz roja del semáforo de la Avenida Córdoba, le había rasgado la piel hiriéndola hasta las entrañas. Otra vez él, de nuevo su mirada transmutada en acusadora. No podía dejar de verla, no soportaba recordar. Si tan sólo le hubiera dado la felicidad de la maternidad, de un hijo de ambos que fuera el testigo de ese amor, pero se había dado cuenta, en aquel momento, que ella era nada más que una adquisición sexual con la que Abel se vanagloriaba delante de sus conocidos. Una conversación rescatada detrás de la puerta del departamento, una noche antes de entrar, había sido la comprobación de ello.

¾Si, viejo, es una mina preciosa, es para mostrarla, y no sabés lo que es en la cama...

Hablaba de ella con un amigo. Le corrió el frío por la espalda a la vez que comenzó a sentirse burlada. Él la traicionaba comentando lo que era exclusivo de los dos. Se sintió usada, basureada por el hombre al que le había dado todo a cambio de sus burlas, porque se daba cuenta que ella representaba para Abel, una cosa para ser utilizada de acuerdo a la necesidad. Supo entonces como era el dolor del menosprecio y ardió en una furia descontrolada.

La noche del adiós fue diferente a las pasadas. Lo esperó asomada desde el ventanal que daba a la calle Azcuénaga. No hacía frío, pero ella tiritaba. El bar de la esquina acurrucaba a solitarios en busca de compañía, mientras el proxeneta ubicaba la mercadería, previa charla con los parroquianos. Todo el barrio lo conocía, pero nadie hacía nada, total las chicas tampoco se quejaban, decían sin tapujos.

La señora Poch vio llegar a Abel desde su lugar en el segundo piso del edificio. La figura del Doctor Barceló era inconfundible, el atuendo sport, impecable, hasta podía oler el aroma del Dior, cuyo uso no escatimaba. La mujer trató de recomponer su cara demacrada coloreando con rouge las mejillas, y esperó oír el ruido del ascensor. Cuando él puso la llave y abrió la puerta, ella creyó desfallecer, pero nada iba a cambiar su decisión de marcar en el almanaque esa noche como la última.

Tres años habían transcurrido desde aquél momento, y ahora la luz roja del semáforo la castigaba con el encuentro. La mirada del modelo en la pantalla gigante la perseguía minuto tras minuto, día tras día. Ya no sabía de quietud ni de descanso, todo era remordimiento que se agazapaba en cada lugar por el que pasaba, en cada pensamiento sin darle un instante de paz. La mirada de la pantalla, había ocupado su mirada y se regocijaba al inocularle desasosiego, mientras la castigaba con el irremediable miedo a que se descubriera la verdad.

Ya no soportaba la realidad y las ideas se mezclaban provocándole la sensación de vértigo.No podía más. Una pequeña caja con cenizas, que había retirado de la baulera durante la mañana, estaba sobre el sillón tapizado con tela rústica; la abrió y luego se acercó a la ventana que permanecía abierta. Ya no quería sufrir más, entonces, Susana Poch se subió a una silla.

Cuando la policía ingreso al departamento del segundo piso de la calle Juncal, halló sobre el sillón y junto a la caja, la noticia del diario Clarín fechada tres años atrás sobre la desaparición del Doctor Abel Barceló, junto a ella estaba el relato de lo sucedido y la confesión escrita de la señora Poch, en la que declaraba su culpabilidad.

En ese mismo momento, en el Hotel Sheraton, desfilaba un exitoso modelo, hijo del desaparecido cirujano.



Mónica Teresa Müller nació en Adrogué, Provincia de Buenos Aires, Argentina. Autora de cuentos, crónicas y relatos en las obras: "Palabras de Taller" (1999), "Los de Adentro" (2003), "Homenaje a Oliverio Girondo" (2003), "Torbellino de Palabras" (2010), "Sueños Dirigidos" (2014), "Polifonía" (2017), "El Lector y otros Emojis" (2018), Embajada de Emociones (2020) con GLA, Grupo Literario Ayacucho. Recibió menciones y primeros premios. Fue miembro fundador de la revista: "Visto desde aquí". Participó en Talleres Literarios del Programa Cultural en Barrios de la Ciudad de Buenos Aires.

Fue dicho

Me gustaría ser como ella,
dijo la lombriz a un
gusano,
al ver el vuelo de una
mariposa;
a mí también, contestó
aquél,
a mí también.

Confuso.
(46-2x)

EN EL REFUGIO

por Sergio Gaut vel Hartman

La atmósfera del refugio se tornó más acre; muchos tosieron deshilachando sus pulmones.

—Esto es irreversible —dijo Günther. Se encendieron más velas y algunas linternas nos obsequiaron su luz mortecina. Uno preguntó, alarmado, qué debíamos hacer si llegábamos tarde al trabajo; sugirió que sería bueno que extendieran certificados firmados y sellados... —Parece sordo —dijo Togni—. Vamos a morir encerrados como ratas en este refugio.

—Este tipo de oscuridad —dijo Hafiz con calma, sin deseos de reír, aunque la estupidez general lo ameritaba, y sin argumentos para refutar a Togni y a Günther— no se puede iluminar ni con todas las lámparas del mundo.

Günther repasó todas las posibilidades y, al cabo de un largo rato, algo rechinó en su mente. No se puede perder el sentido del humor, ese es el asunto; lo dijo.

—No hay que perder el sentido del humor. —Nadie le prestó atención.

—El problema —dijo Togni—, no es la luz sino el aire, y tampoco; el problema es la risa, o su ausencia, como acaba de decir acá el compañero.

Günther miró a Togni con odio, pero su expresión se dulcificó casi de inmediato; no valía la pena, nada valía la pena.

—Le pegué un tiro a uno de ellos —dijo Hafiz, que era un tipo mentiroso, aunque todos sabíamos que la mejor manera de sofocar el propio miedo es decir mentiras. Günther trató de verle el rostro, pero el humo se había condensado en ese rincón.

—Los niños pequeños... —empezó a decir Aquino, una mujer alta como una torre de ajedrez. Pero Günther la interrumpió.

—¿Cuán pequeños, diez centímetros, veinte?

—No tan pequeños —dijo la mujer—, del tamaño de... niños.

—Entonces no son niños pequeños, son simplemente niños.

—Bueno —dijo ella, acobardada por el tono agresivo de Günther.

—Me molesta —dijo Hafiz, cambiando de tema para levantar el ánimo colectivo— la deslealtad de los oficiales del estado mayor. Ni siquiera cuando me mandaron a primera línea de fuego y mi vida corrió serio peligro me sentí tan humillado como ahora.

—Nadie ha vuelto de la primera línea de fuego —dijo una mujer canosa que hasta ese momento nunca había hablado.

—Aquí estamos a salvo Y no hay una guerra sino una peste —la interrumpió un hombre demacrado cuyo cabello se había vuelto verde. Era el sujeto arrogante que los había amenazado con un arma unos minutos antes—. Me llamo Isakov. El informe de los médicos es definitivo y contundente. Estamos aquí porque no podemos ir a ningún otro lado.

—¿Está seguro? —dijo Aquino—. Yo no. Usted también mente, como todos. ¿Puede probar lo contrario? —Aquella mujer poseía la fantástica habilidad de detectar cualquier simulación, incluso la mentira más ingenua de la vida diaria.

—Aquí la idea más atrevida —dijo Isakov—, queda encubierta entre los pliegues de la fe y se transforma en nada como parte del arreglo que los extraterrestres han hecho con los líderes de las religiones reveladas del mundo.

—¿De qué habla? —dijo Aquino, irritada—. Estamos a punto de morir y dice estupideces.

—Cálmese, señora —respondió Günther.

—¿Qué diferencia hay entre creer en un Dios que no se puede ver y creer que vamos a salir de este agujero? —Isakov hablaba sin conmoverse, soberbio como un obispo ante la inminencia de la muerte, seguro de que su butaca estaba reservada—. Esperamos el final sin la menor capacidad para imaginar la clase de vida que le tocará cuando seamos fantasmas, cáscaras vacías; ni siquiera la muerte puede protegernos de nuestro propio ego.

Hafiz miró su reloj. —Son las ocho. ¿Tienen planes para esta noche? Podríamos ir a bailar. Conozco un lugar cubano en el que se baila salsa.

—¿Planes? ¿Está loco? No me haga reír. —Aquino se plantó ante el que decía ser físico cuántico con los brazos en jarras; no le tenía miedo—. Tampoco son las ocho. Dentro de poco nos habremos convertido en bolsas de mierda. ¿Bailar? ¿Me ve bailando salsa?

—¿Alguien tendrá un cigarrillo? —dijo Günther abanicando con la mirada a todos los refugiados, pero dirigiéndose en particular a Hafiz. Confundido, éste permaneció sin moverse, olfateando el aire, escuchando el lejano siseo del gas que seguía colándose por las grietas. Incluso el hecho de que Günther pidiera un cigarrillo en aquellas circunstancias era menos absurdo que la invasión, las pestes o el hambre que se avecinaba. Pero en las últimas horas nada había cambiado salvo que la niña de Aquino estaba muerta, aunque a la madre no parecía importarle. ¿Por qué tenían que morir los niños primero? ¿Por qué plan diabólico nos precedían los únicos que podían tener futuro? Había algo erróneo en toda la línea de pensamiento y aquello tenía demasiadas semejanzas con los vagones en los que los nazis apiñaban a los prisioneros que

conducían a Auschwitz. Estaban en el refugio porque a unos les dijeron que la peste era irrefutable y a otros que se había producido una invasión extraterrestre. Pero era el refugio lo que los estaba matando, como ocurrió con la hija de Aquino. ¿Era posible que fueran tan fácilmente manipulables? Las noticias de la televisión y las redes sociales los habían preparado para eso. Un rumor vale como evidencia y con base en el mismo puede dictarse una sentencia de muerte.

De pronto, la densa humareda fue disuelta por una luz brillante que penetraba como un cuchillo caliente en la manteca.

—Se terminó —dijo un hombre de traje caro y corbata roja apareciendo entre destellos, como un personaje de ficción—. La prueba terminó.

—¿Era una prueba, un experimento? —Aquino no lograba salir de su estupor—. Mi hija se murió, señor. —Ahora sí, parecía haber tomado nota de los sucesos ocurridos.

—No se puede hacer tortilla sin romper los huevos, señora —dijo el hombre—. Pase por la tesorería dentro de sesenta días que le serán abonados los honorarios correspondientes.

—¿De qué habla? —dijo Hafiz—. Nadie nos dijo que esto era un experimento. ¿No hay pestes? ¿No hay una invasión extraterrestre en curso?

—No es un experimento —dijo Günther—. Este hijo de puta mente; afuera debe ser peor y quiere que salgamos para terminar con nosotros de una vez por todas. No habrá pago en tesorería dentro de sesenta días, señora, discúlpeme; no hay futuro.

—Se equivoca —dijo el hombre de traje—; se equivoca —repitió, pero no dio más explicaciones. Les dio la espalda y empezó a sollozar.

—Y ahora, ¿qué le pasa? —Hafiz tenía ganas de matar al recién llegado, pero no podía hacerlo sin saber antes qué ocurría afuera, si como argumentaba Günther los esperaba una muerte fulminante. No obstante... ¿no era mejor una muerte rápida que una eterna agonía?

—No saben lo que me cuesta hacer... esto, este... trabajo
—dijo el hombre, aún gimiendo—. ¡Es terrible!

—Usted me da asco —dijo Aquino—. ¿No podían habernos dicho que era un experimento de alguna clase?

—Es tan secreto —dijo el hombre de traje—; que ni yo sé en qué consiste.

—Muy gráfico —dijo Günther—. ¿Cómo y cuándo termina? ¿Puede darnos una pista?

—¡Claro! Termina así, ya mismo —respondió levantando una mano hasta alcanzar una manivela de metal que colgaba del techo del refugio y hasta ese momento había permanecido invisible—. Y termina en este mismo momento —agregó moviéndola hacia abajo. En efecto: todo terminó.



Sergio Gaut vel Hartman

Es un escritor y editor argentino nacido en 1947. Entre otros, publicó los siguientes libros: *Cuerpos descartables* (1985), *Las Cruzadas* (2006), *El universo de la ciencia ficción* (2006), *Espejos en fuga* (2009), *Sociedades secretas de la historia argentina* (2010), *Historia de la Segunda Guerra Mundial* (2011), *Vuelos* (2011), *Avatares de un escarabajo pelotero* (2017), *Otro camino* (2017), *La quinta fase de la Luna* (2018), *El juego del tiempo* (2018), *Cuerpos descartados* (2019) y *Carne verdadera* (2021). Ha sido finalista de los premios Minotauro y UPC.

Fue dicho

Si te devuelven sanos y salvos
a tus hijos,
después de buscarlos durante
40 días, en la selva,
da gracias a los salvadores que
arriesgaron su vida
y proclama a los cuatro
vientos su epopeya.
No busques un detalle
estúpido
para mostrar al mundo tu
bellaca villanía,
mal nacido.

Confuso.
(46-2x)

BICHOS

por Alejandro Chang Hernández

La piedra es pequeña y redondeada, de color blanco, blanco como la leche. Su superficie es muy lisa, sin una grieta, sin una mancha; una piedra graciosa y refinada que no tiene un átomo de vulgaridad.

Claro que una piedra así también puede cometer un crimen, si golpea con la fuerza conveniente en el lugar debido, de donde se deduce que hay aquí una posible autora del asesinato de aquel bicho.

Y no es que interese mucho quién mató al bicho ni cómo lo hizo, pues está mejor así; a fin de cuentas no era más que un ser feo e inútil, cuya muerte sólo despierta la curiosidad. ¿De dónde salió aquel bicho? Es una pregunta difícil de responder, teniendo en cuenta que nadie sabe qué cosa era. Solo hay una realidad: estaba y ya no está. O está aún, pero ya dejó de ser.

¿Y la piedra? Una piedra no camina sola, como un bicho, careciendo de patas. Si suponemos entonces que la piedra mató al bicho, ¿quién movió la piedra? Y si alguien movió la piedra, ¿fue otro bicho?

Cabe la posibilidad de un segundo bicho que moviera la piedra para aplastar al primero, pero un bicho, ¿más grande o más pequeño que el primero?, ¿con cuatro patas o siete patas?, ¿o sin patas?

Como ve usted, el problema es bastante complejo. Así es que dejamos a su criterio la elección del crimen, del criminal y de la víctima, y nosotros, las hormigas, continuamos con nuestro trabajo eterno, que hemos perdido ya bastante tiempo.



Alejandro Chang Hernández

nació el 13 de febrero de 1990 en Ciego de Ávila, Cuba. Es ingeniero industrial, y escritor aficionado desde los 13 años. Desde pequeño se inclinó por la literatura, siendo sus géneros preferidos la poesía y el cuento corto. Hace poco publicó, a través de la Editorial Letra de Cambio, su primer libro de poesía, en ebook, titulado Palabras de un poeta aficionado, el cual se encuentra en proceso de edición en formato físico. Posee una página en Facebook llamada Palabras de un poeta aficionado. Sus cuentas en Facebook e Instagram son Alejandro Chang Hernández y alechangh, respectivamente. También tiene una cuenta en Wattpad, AlejandroChang7. Ha publicado poemas, cuentos y microrrelatos en varias revistas, como son: Letras y Voces, Cósmica Fanzine, Afrodita y Doble Voz, así como en los Blogs La Pluma Azul y La Artífice Mail Art. Actualmente organiza varios proyectos de publicación, incluyendo un libro de poesía y otro de cuentos. Sus letras buscan brindar apoyo, esperanza, lograr que cada lector pueda identificarse con un pedacito de cada texto.

ANTOLOGÍA DIPLOMADO EN ESCRITURA CREATIVA Y CRÍTICA LITERARIA, 1ª GENERACIÓN

En abril de 2021, la UNAM —a través de la Escuela de Escritura de la Dirección de Literatura y Fomento a la Lectura— convocó por primera vez al Diplomado en Escritura Creativa y Crítica Literaria, un programa virtual, interdisciplinario, que acompaña la formación de creadores emergentes en lengua española a través de cursos, talleres, charlas y conferencias que se imparten durante un año.

Esta antología reúne una muestra de las 25 voces egresadas de la primera generación, fruto del trabajo en las tutorías finales que estuvieron a cargo de las escritoras Xitlalitl Rodríguez Mendoza (poesía), Lola Ancira y Elma Correa (cuento), Laura Sofía Rivero (ensayo) y Ave Barrera (novela).

Ajustes de cuentas con el pasado, piezas que difuminan las fronteras de los géneros literarios, nuevas miradas sobre los vínculos entre los cuerpos, indagaciones en la identidad propia —y aun generacional—, los textos reunidos en estas páginas son apenas un atisbo del arrojito, el talento y el compromiso artístico que esta promoción de autoras(es) aportará a la literatura actual en español.

Autores y autoras:

Varinia Abastoflor Cortez · Alfredo Ávalos · Pablo Ignacio Chacón · Leonor Courtoisie · Humberto Cruz Arteaga · Chejo García · Leonardo Gutiérrez Arellano · Ángel H. Candelaria · Sergio López Monterrubio · Susana López Siller · Andrés Martínez Ortega · Lilian Michelle Medina · Ana Delia Mejía Quiroga · Serch Mendoza · Gael Montiel · Iberia Muñoz · Alejandro Ordóñez · Sara Padilla · Miguel Parpadeos · Tristana Pérez · Elizabeth Pérez-Cortés · Sandra Lucía Ramírez · Saraí Ramírez · Álvaro Sánchez Ortiz · Antonio Trejo Galicia

Presentación: Anel Pérez, Gabriela Ardila y Eduardo Cerdán

Notas introductorias: Lola Ancira, Ave Barrera, Elma Correa, Laura Sofía Rivero y Xitlalitl Rodríguez Mendoza

Edición y coordinación editorial: Eduardo Cerdán

Corrección de estilo: Fabián Espejel

Lectura de pruebas finas: Gabriela Ardila

Diseño de colección e interiores, ilustración y formación: Adriana Rodríguez Borja

Para obtener el libro impreso, acude a las ferias y festivales de libros en los que participa la Dirección de Literatura y Fomento a la Lectura de la UNAM.

Para obtenerlo el libro en versión PDF en el siguiente enlace.

DESGARGALO EN PDF
DANDO CLICK AQUÍ



DE MUERTE NATURAL

por Sergio Gaut vel Hartman

De todas las malas noticias posibles que se pueden recibir un lunes, a las ocho de la mañana, mientras se intenta desprender la resaca dominical de los infinitos problemas de una Universidad quebrada y sin futuro, la que traía Elba Trazio, mi secretaria privada y consejera – edad indefinida entre los sesenta y los ochenta– era sin lugar a dudas la peor posible.

—¿Cómo, murió? ¿Así? ¿Murió? ¿Como se muere cualquier mortal?

Elba se encogió de hombros.

—Está muerto; duro como una piedra. Me animé a tocarlo.

La muerte puede llegar como un alivio, otras veces como el cumplimiento de una Regla Superior, que debe ser aceptada y disfrutada, por lo que no es inadecuado llamarla «la Señora del gran Poder». Puede ser una bendición o una maldición. Pero jamás arrasa con todo, ya que no por omnipotente es menos previsible. Mientras tales pensamientos discurrían por mi mente, Elba se sostenía sobre uno y otro pie, tal vez porque deseaba orinar y no se atrevía a decirlo, tal vez porque todavía no me había arrojado, como un espumarajo, la peor parte de la noticia.

—Siga, entonces. ¿Qué más?

—Se está empezando a descascarar.

—¿Descascarar? ¿Qué quiere decir?

—Eso mismo: se está empezando a descascarar, como si estuviera hecho de hojaldre.

Insisto: lunes a las ocho de la mañana; la otrora orgullosa Universidad de Estudios Avanzados en su nivel más bajo de matrícula y credibilidad; dos litros de escocés circulando por mi sangre –sin registro de conductor– produciendo sus efectos y la oportunidad más brillante de la historia derritiéndose como un helado de vainilla y chocolate al sol, en el Ecuador, al mediodía.



—¡Maldición! —Sólo quedaba agradecer que no estaba siendo torturado por terroristas del ISIS. La tortura hubiera consistido, por ejemplo, que Elba sugiriera dormir la siesta juntos y desnudos.

—¿Qué hacemos? —dijo Elba, con su eficiencia característica.

—¿Están seguros de que está muerto?

—Por completo. El doctor Viktorsen hizo todas las comprobaciones.

—¿Qué significa “todas las comprobaciones”?

—Lo de siempre: pulso, corazón, pupilas.

—No es un ser humano, Elba, no es de este planeta, ¿entiende? Lo que puede ser “estar muerto” para nosotros puede ser una simple pausa de descanso para ellos.

—Discúlpeme, señor. Muerto es muerto.

—Pero se está descascarando, usted lo dijo. Eso no es lo normal.

—Luce como algo absurdo y anormal, además de resultar inexplicable, pero es lo que está sucediendo. Finas capas que se desprenden unas de otras, como hojas que parecen pegadas y uno sopla y son dos y uno sopla y otra vez son dos, y vuelve a soplar...

—Deje de soplar, Elba, y dígame qué vamos a hacer ahora.

—Vine para que usted nos diga qué vamos a hacer ahora, señor.

—¿No se le ocurre nada?

Elba se rascó la frente, para dar impresión de que pensaba y soltó la frase más imbécil que escuché en toda mi vida.

—Podemos hacer un velorio, un decoroso funeral y un entierro como Dios manda.

—¡Elba! ¿Cómo se le ocurre tal cosa? ¡Es un extraterrestre! La Universidad de Estudios Avanzados logró establecer el primer contacto del tercer tipo de la historia; teníamos a un soberbio ejemplar oriundo del quinto mundo de Sirio, un verdadero quintiriano, adecuado para elevar a nuestra casa de estudios al séptimo cielo y el tipo viene y se nos muere como un vulgar canario jaulero. ¿Eso es lo único que puede decir?

—No es lo único —dijo Elba, imaginando que la siguiente observación sería ponderada por su agudeza y profundidad—. Primer contacto del tercer tipo con uno del quinto planeta de Sirio que nos hubiera llevado directo al séptimo cielo... —Se tapó la boca y emitió una risa lóbrega como el hoyo que conduce al Infierno.

—¡Maldición! No está ayudando, Elba. ¿No se preguntó en qué creía el siriano? ¡Un poco de respeto para su condición de extraterrestre! ¿Qué la induce a pensar que un velorio, un decoroso funeral y un entierro como Dios manda son las aspiraciones de un siriano muerto? ¿Lo velamos hasta que se nos deshaga como un mil hojas? ¿Celebramos una misa? ¿Rezamos el Kol Nidrei? ¿Lo incineramos en una pira y enviamos las cenizas al espacio? No sabe de qué está hablando.

Elba bajó la cabeza. Una cascada de canas grises le cubrió el rostro. Una cascada de lágrimas azules le arrasó los ojos. Tardó varios minutos en reponerse. Mi diatriba la había herido tan profundamente que no tuve más remedio que acercarme y abrazarla. No sin cierta repugnancia le acomodé el cabello y le enjuagué las lágrimas con el pañuelo de lino que me legó mi santa madre antes de partir.

—Mi hermano tiene una empresa de pompas fúnebres y un cementerio privado —dijo Elba sin dejar de sollozar—. Él se puede ocupar del tema y tal vez hasta nos proporcione algunas ideas prácticas para resolver la parte escabrosa de esta operación.

—¿Puede ocuparse del... servicio? —pregunté. Pocas cosas me podían hacer feliz en ese momento; ni siquiera había evaluado el nivel de la pérdida que implicaba la desaparición del extraterrestre, pero sacarme de encima el funeral era equivalente a ganar la lotería. Reaccioné a tiempo—. ¡No! Lo último que deseo es eso. Tenemos que estudiarlo, y para eso debemos conservarlo, embalsamarlo, no sé cómo detendremos ese proceso que acaba de presentarse, el deshojamiento, pero algo haremos. Llame a Pergament, a Edding, a Maxell, a Cabezón García...

—¿Quiénes son esos?

—No sé; son nombres que se me acaban de ocurrir; búsquelos en la guía; alguno podría ser exobiólogo, taxidermista, brujo. Dispare mientras tenga balas y, con suerte, hará algún blanco. Ahora, si no dispara...

—Fui reprobada en tiro con carabina; pero manejo bien el florete. —Una luz prístina iluminó los ojos límpidos de Elba.

—No queremos ensartar a nadie, Elba; queremos conseguir un especialista para preservar al extraterrestre de Sirio que nos ha caído del cielo. La Historia sostiene la puerta abierta para que pasemos, pero si vacilamos es probable que la cierre y demos de narices contra ella. Estas oportunidades se presentan una sola vez en la vida.

Elba se largó a llorar de nuevo. Su incontinencia lacrimonal parecía profetizar futuras e inmediatas incontinencias. Le di dos palmaditas en la espalda y la despaché rumbo a lo desconocido. Después de todo, no voy a negar que sentía y siempre sentiré un profundo afecto por esa mujer. A continuación extraje del último cajón del escritorio un cofre guarnecido con madrepora y conchas de bivalvos y de él saqué el código secreto de la Secretaría de Asuntos Estrambóticos. “Para usar cuando todo lo demás haya fallado”.

El agente de la Secretaría era un tipo nervioso que parecía sentir desdén o hasta un oculto desprecio hacia los gorilas que lo acompañaban. Estos, los gorilas, iban afeitados, con el cabello cortado al ras y usaban trajes de buen corte, aunque los lucían como pueden hacerlo boxeadores retirados. Se esforzaban por exhibir esa dureza inexpresiva, tan propia de los policías militares, mostrando una absoluta indiferencia a todo lo que no fuera proteger a su protegido. Juro que ni por un momento se me habría ocurrido amenazarlo.

—Roberto Pergament —dijo el agente de la Secretaría tendiendo la mano para que yo se la estrechara. El primer hecho estrambótico se había verificado sin mayor esfuerzo de ninguna de las partes. Pergament, por sí no lo recuerdan, había sido el primer nombre de la lista propuesta a mi secretaria.

—Encantado de conocerlo —dijo sin sonreír—. ¿Está al tanto de lo que nos ocurre?

—No —dijo Pergament. Observó a los gorilas como si los viera por primera vez. Ellos, y no la criatura de Sirio, tenían el aspecto que uno asigna a un ser extraterrestre, con sus viejos músculos transformados en una masa adiposa y las cicatrices de antiguas peleas como señales de que la situación los fastidiaba mortalmente. No parecían interesados en lo que yo pudiera decir o hacer.

Conduje a los presentes a través de los pasillos hasta la morgue que habíamos improvisado. El frío se había revelado como un sistema inútil para detener el proceso de descascarillado del cadáver del extraterrestre, pero no podíamos tenerlo sumergido en la piscina del campus. Por entonces yo estaba tan preocupado que me sentía capaz de venderlo al mejor postor, fuera a una potencia extranjera o a una fábrica de chacinados. Incapaz de encontrar algún sentido a lo que había sucedido, empecé a preguntarme si mis sentidos funcionaban bien. La sucesión de episodios estrambóticos en los que estaba involucrado me habían obligado a crear un escudo somático; hacía eso siempre que era posible, claro. La parte visible de mi escudo somático me hacía parecer un espantapájaros.

—Un extraterrestre de Sirio —dijo Pergament sin expresar ninguna emoción. Utilizó una lapicera para separar dos laminillas; toda una sección del brazo de la criatura se desprendió suavemente, como si efectivamente se tratara de una masa muy hojaldrada. —¿Ve extraterrestres de Sirio todos los días?

—De Sirio, de vez en cuando. —Pergament se metió el dedo en la nariz y lo retiró tras ensartar una interesante masa viscosa que depositó a continuación en algún lugar del cuerpo del extraterrestre. —De 37 Gem casi todos los días.

—No exagere —dijo uno de los gorilas, de mal modo, interviniendo por primera vez. Tenía una voz aguda, parecida a la de Libertad Lamarque—; hace tres meses que no vemos a ninguno de 37 Gem.

Pergament giró sobre sí mismo y fulminó al gorila con la mirada.

—Seguramente se cansaron de sus groserías e impertinencias —dijo—. Como este gorila siga molestando de este modo —agregó dirigiéndose a mí—, ningún extraterrestre querrá pisar este planeta.

—¿Quiere decir... —no sabía cómo expresarlo— que esta... visita no es algo... digamos... excepcional?

Los tres representantes de la Secretaría se doblaron sobre sí mismos y empezaron a reír a carcajadas con tanta vehemencia y tal ordinariéz que imaginé que se habían vuelto locos. No se habían vuelto locos. Tras calmarse y enjugar las lágrimas con pañuelos de papel me explicaron que la Secretaría venía manejando situaciones como esa desde su misma creación.

—La Secretaría de Asuntos Estrambóticos local es mucho más antigua que su análoga del norte, ¿entiende?

Entendía, más o menos. Pero no se lo dije. A continuación recordé las palabras de Gregor Markowitz sobre el caos y las fuerzas antagónicas. Los errores en la evaluación de lo que estaba ocurriendo implicaban que no había forma de predecir lo que ocurriría a continuación.

—¿Qué haremos?

Pergament parecía estar leyéndome los pensamientos.

—No hay forma de comprender y controlar los sistemas —dijo—. Si así fuera seríamos capaces de ganar dinero en la Bolsa de Valores o de anticipar la conducta de las hormigas. No sea reduccionista, por favor. Este no es un tema sobre el que se pueda hacer algo.

—¿Entonces... para qué vino? —Había alcanzado un grado superior de desconcierto e impotencia—. No tengo nada que enseñarle sobre extraterrestres, le importa un bledo que mi criatura del quinto planeta de Sirio se desmenuce como una torta de cacao, me escape una perorata sobre sistemas entrópicos... —A medida que desgranaba mi discurso iba acumulando dedos sobre la cara de Pergament, sólo me faltaban un par de argumentos para completar la mano y cerrarla, convirtiéndola en puño listo para descargarse con toda su fuerza sobre la mandíbula del farsante agente de la Secretaría. Pero Pergament me detuvo hábilmente.

—El extraterrestre no está muerto —dijo.

—No está muerto —repetí, como un imbécil.

—No. —Los gorilas contuvieron la risa—. Este proceso se halla ampliamente estudiado en el tomo III de las “Conjeturas Preliminares de la Fase de Exfoliación de los Quintirianos”. Estas tendencias de la especie, ya puestas de manifiesto en el tomo I y en el II continuarán en el IV, evolucionando hacia formas menos toscas, por lo que podría plantearse la posibilidad de omitir ciertos datos ofensivos para las religiones más primitivas de nuestro planeta, como los mitrianos y los baalitas.

—Pásemelo en limpio. El extraterrestre no está muerto, de acuerdo; parece muerto, de acuerdo. ¿Para qué me haría algo así? Hasta el momento se había mostrado amistoso.

—Precisamente por eso —dijo Pergament con un bufido—. Esta expresión es más que amistosa. Se trata de una etapa del cortejo nupcial. La criatura expresa su deseo de aparearse, para lo cual se coloca a sí misma en la posición más vulnerable que puede concebir, muy cercana a la muerte.

—¿Aparearse? ¿Conmigo? —Mi voz había subido una octava con cada pregunta. Estaba tan cerca del agudo máximo que pronto sólo me oirían los perros.

—No, hombre, no con usted. —Pergament removió con una varilla un órgano oculto entre varios pliegues de tejido, aproximadamente en el sitio en el que se encuentra el esternón en los seres humanos—. Como puede apreciar, el siriano es macho. El objeto de sus desvelos, aunque en este caso de desvelado no tiene nada, es su bella secretaria, la señorita Elba.

Fue mi turno de doblarme y reír. Tardé cinco minutos en calmarme.

—La señorita Elba es virgen —dijo finalmente. Era un comentario más que inapropiado, machista, troglodítico y estúpido, pero salió sin proponérmelo.

—Eso es lo que sedujo al quintiriano. A estos extraterrestres les gustan vírgenes. Y como habrá imaginado, el aspecto exterior de su secretaria, todas esas arrugas batidas sobre sí mismas como pliegues mesozoicos, esas sequedades y asimetrías, esas purulencias eczemáticas, esas fetideces, esos temblores

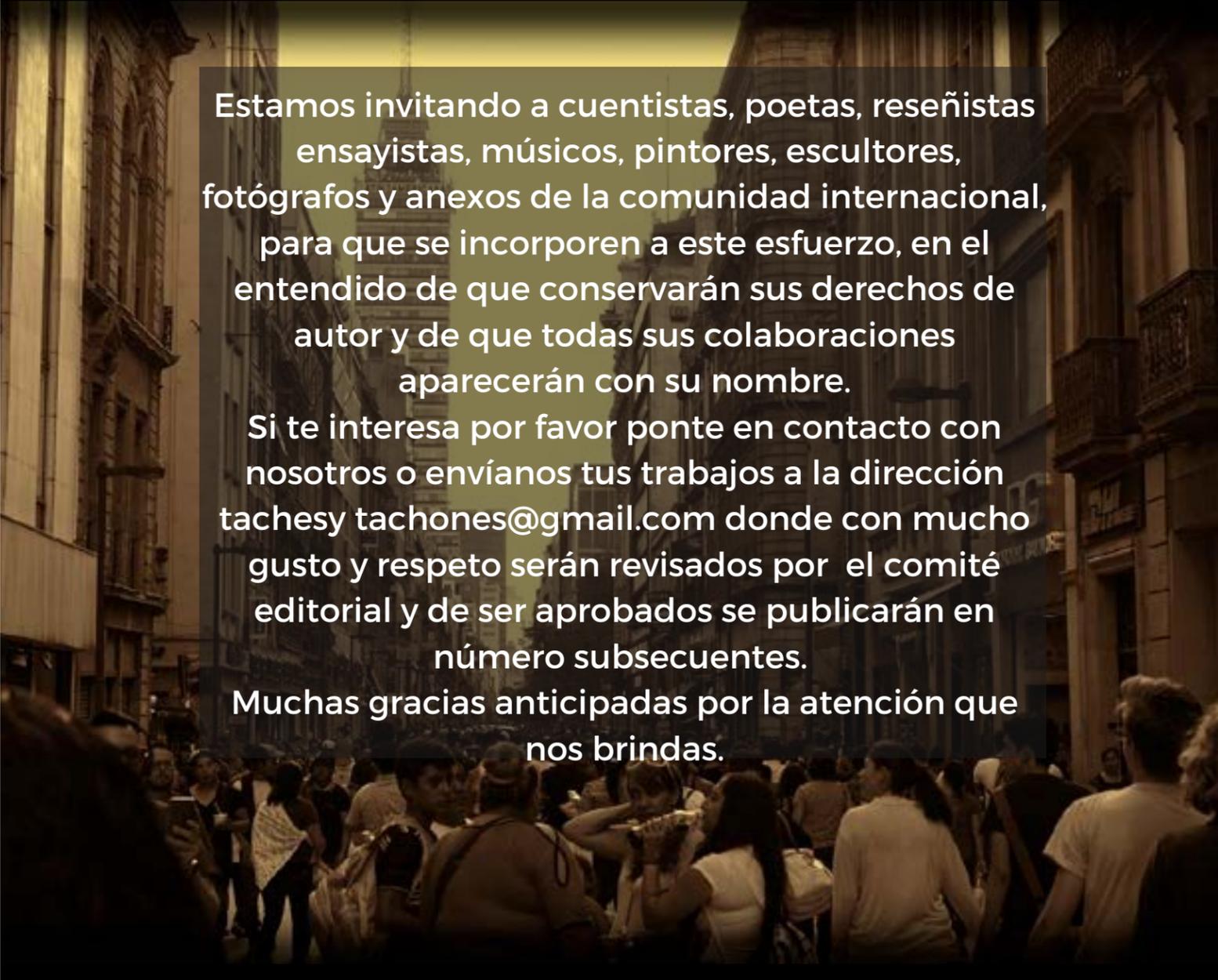
son lo más cercano a lo que ostentaría una campeona de belleza en su mundo patrio. Discúlpeme. — Pergament hurgó en el cuerpo del extraterrestre hasta dar con la mucosidad que había plantado unos minutos antes—. ¿Se da cuenta? —Exhibió una réplica de la criatura, pero de apenas quince centímetros de largo, un perfecto modelo en escala del siriano original—. Reproducción xerogenética. Usted pone cualquier trozo de materia en contacto con el cuerpo del quintiriano y este fabrica una copia de sí mismo, hasta el más mínimo detalle, en unos pocos minutos. Pero este proceso no se verifica en todos los casos, sino solamente en la época de celo. Dicho con un lenguaje pedestre, el bicho está caliente. —Pergament me palmeó la espalda con afecto—. Usted es un hombre afortunado, profesor. En cuanto el siriano le ponga las manos encima a su fiel señorita Elba la convertirá en una reproductora digna de la Exposición Rural. ¿Me haría el favor de llamarla para acelerar el proceso de reanimación?

Sergio Gaut vel Hartman

Es un escritor y editor argentino nacido en 1947. Entre otros, publicó los siguientes libros: *Cuerpos descartables* (1985), *Las Cruzadas* (2006), *El universo de la ciencia ficción* (2006), *Espejos en fuga* (2009), *Sociedades secretas de la historia argentina* (2010), *Historia de la Segunda Guerra Mundial* (2011), *Vuelos* (2011), *Avatares de un escarabajo pelotero* (2017), *Otro camino* (2017), *La quinta fase de la Luna* (2018), *El juego del tiempo* (2018), *Cuerpos descartados* (2019) y *Carne verdadera* (2021). Ha sido finalista de los premios Minotauro y UPC.



TACHES Y TACHONES



Estamos invitando a cuentistas, poetas, reseñistas, ensayistas, músicos, pintores, escultores, fotógrafos y anexos de la comunidad internacional, para que se incorporen a este esfuerzo, en el entendido de que conservarán sus derechos de autor y de que todas sus colaboraciones aparecerán con su nombre.

Si te interesa por favor ponte en contacto con nosotros o envíanos tus trabajos a la dirección tachesytachones@gmail.com donde con mucho gusto y respeto serán revisados por el comité editorial y de ser aprobados se publicarán en número subsecuentes.

Muchas gracias anticipadas por la atención que nos brindas.

WWW.TACHESYTACHONES.COM

REVISTA GRATUITA



Deambulé por esas calles toda la mañana. Su fisionomía poseía algo de familiar y distante al mismo tiempo. Jamás había estado en aquel sitio, pero cada recoveco y cada esquina me resultaban conocidas, como si hubiese pasado allí toda mi vida. Y como todo aquel que visita un lugar nuevo, sentía que todos me observaban. Al salir de la estación este sentimiento se fue incrementando. Cuando percibía que alguien me miraba con aún más atención o menos disimulo, yo bajaba la mirada y seguía avanzando con algo similar a la vergüenza. Sentía culpa por mi desconocimiento de cómo y porqué estaba allí. Y, peor aún, no lograba recordar de dónde venía con exactitud.

Sus calles, avenidas, automóviles, bicicletas y todos los elementos que componen el perfil urbano eran iguales a los nuestros, o al menos eso aparentaban. Sin embargo, sentía que había algo que no cuadraba del todo. No era necesariamente el orden y la limpieza imperante. Lo más llamativo era el silencio. Tardé un buen tiempo en descubrirlo, pero cuando me percaté de ello no pude dejar de notarlo en toda mi estadía. Los vehículos y la gente no producían ruido alguno. Era como si todos nos deslizásemos por sobre el piso sin siquiera poder escucharse alguna fricción. No se oían motores, máquinas ni aparatos de ninguna clase. La gente marchaba en silencio y con una decisión absoluta sobre su destino. Pero aún sucedía algo más, no se sentían pájaros ni animales revolotear por el diáfano cielo de la ciudad.

— Me detuve en una esquina frente a una pequeña plazoleta. No había nadie allí y estaba algo resguardado entre árboles. Cerré los ojos y me concentré con la intención de oír algo. Un fuerte viento se estremeció contra mi cara, pero no percibí siquiera el sonido de las copas de los árboles al bambolearse. Como primera comprobación, arrojé unas monedas que llevaba en el bolsillo al suelo. No obtuve resultado alguno. Entonces tosí, primero con cautela y luego como si estuviese invadido por una enfermedad repentina. Sentí los músculos de mi cuerpo contraerse y accionarse con naturalidad. Pero ningún eco salió de mi interior. La desesperación escaló rapidez en mí, pues creía haber perdido la audición y el habla por siempre. Aunque no entendía en qué momento y en qué forma.

Fue entonces cuando noté a dos personas en la plaza frente a mí. Él llevaba saco, corbata, maletín y zapatos de vestir. Ella, un simple vestido blanco con una cartera negra. Se encontraban parados frente a frente, mirándose con seriedad a los ojos, sin realizar movimientos. Esto se prolongó unos instantes cuando sin motivo aparente, al menos para mí, cada cual partió en diferentes direcciones. Les grité lo más fuerte que pude, pero ni ellos ni yo oímos algo.

Continué caminado, pero esta vez, comencé a seguir al hombre que había visto enfrente. No porque tuviese algo de especial, sino por el

contrario, quería entender qué hacían los habitantes de esta ciudad. Durante el largo trecho que avanzamos no encontramos otras personas, autos ni movimiento de ningún tipo. Aproveché este tiempo para estudiar los edificios de aquel sector. ¡No entendí cómo pasó tanto tiempo sin que lo hubiese notado! Estos tenían todos la misma conformación y altura; un nivel de acceso y cinco pisos por encima. Las ventanas se distribuían en forma equidistante unas a otras y todas parecían estar cerradas. La única forma de diferenciar donde comenzaba y donde terminaban estas construcciones era gracias a una milimétrica separación entre ellos, lo que proyectaba una sombra negra vertical que permitía distinguir su alternancia.

Mientras estudiaba mi entorno inmediato y trataba de percibir algo dentro de las ventanas, llegamos a una especie de avenida. El hombre a quien seguía se detuvo, se dio vuelta y me observó un instante. Luego volvió a posicionarse en dirección a la avenida. Nuevamente giró en mi dirección y repitió este procedimiento unas cuantas veces. Entonces, me acerqué con timidez hacia él y cuando me dispuse a estrechar su mano, el sujeto se volvió contra mí y se quedó petrificado en su sitio. Me aproximé una vez más y cuando ya estuve a su lado, observé con detenimiento la intersección de calles. Allí se encontraban muchos pobladores caminando siempre en una única dirección y con un ritmo constante. Un pensamiento recorrió primero mi mente, y luego, esta idea adquirió fuerza y verdadera dimensión atravesando ahora todo mi cuerpo como un violento golpe. Todos los hombres que allí estaban vestían la misma ropa. ¡Y las mujeres también!

Frente a mí, un hombre se detuvo y se posicionó frente a frente a aquel que yo perseguí. Las esculturas en los museos corren con la insostenible desventaja de poder ser examinadas en todos sus lados y con el deber de mantenerse estoicamente impasibles en el proceso. Lo que sucedió fue semejante, aunque el espectador, yo en este caso, temía alguna reacción durante su escrutinio. Esto no sucedió, pero no por ello las conclusiones que alcancé fueron menos terroríficas. La piel, los ojos y la totalidad de aquellos hombres eran idénticas. Me dirigí entonces a la avenida y preso de un

ataque de pánico o locura, como deseen verlo, volteé a cuanto hombre y mujer me encontré, solo para descubrir que todos aquellos seres eran iguales entre sí, separados únicamente en dos modelos acorde a su género. Y aunque los volteaba con más y más fuerza, estos seguían su rumbo luego de ser desequilibrados un momento, como si nada hubiese sucedido.

Me senté un instante en el piso sin elegir lugar alguno. Simplemente me desvanecí en el medio de la vereda. La gente me rodeaba a uno y otro lado siguiendo su destino. Por el contrario, yo necesitaba descansar y pensar. Todo lo que había vivido me afectaba en lo más profundo de mi ser y por más que lo intentaba, no lograba encontrarle sentido. Llevaba horas recorriendo la ciudad y no era concebible que recién ahora descubriese algo tan increíble y absurdamente manifiesto como esto. Había observado a hombres y mujeres antes, pero siempre por separado. Algo similar, recapacité, me había sucedido con los edificios. Hasta que no presté especial atención a ello, no había percibido su absoluta semejanza entre sí. Sumergido en mis pensamientos noté que una sombra me bloqueaba el sol. Una mujer, alguna de ellas, me observaba con la cabeza inclinada hacia abajo. Luego se dio vuelta una y otra vez. Entendí, de alguna manera, que deseaba que la siguiese.

Llegamos con rapidez a un edificio, el cual no tenía nada especial. La mujer ingresó por el centro del mismo y en ese instante descubrí que estas construcciones no tenían puertas. Caminamos unos momentos por un oscuro pasillo hasta llegar a una planta bastante amplia. Tenía el techo muy alto y todo el ambiente era fresco. En el centro de este lugar se ubicaban tres largas cintas transportadoras de producción, en forma paralela, que ocupaban la totalidad del espacio, es decir, de lado a lado y en el sentido más profundo del sitio. Al menos veinte hombres se sentaban en altas banquetas del lado izquierdo de las cintas, separados entre sí más o menos cinco metros. Todos miraban hacia la derecha, en el sentido contrario del avance de la cinta, con una tonta banderilla amarilla en la mano.

La inmutable mujer prosiguió su trayecto hasta un puesto de trabajo vacío y se detuvo frente a él. Por extraño

que fuese el lugar, yo tenía la suficiente edad y experiencia como para entender cuando se espera de uno que una labor sea realizada. Deseemos o no ejecutarla. Movido más por la curiosidad que por temor o algún tipo de sentido de responsabilidad, me senté con educación en mi nuevo sitio. Observé a mis compañeros esperando aprender mi tarea con base en sus movimientos.

La cinta estaba en funcionamiento. Pero, ahora que me encontraba a centímetros de ella, noté que ésta nada transportaba. De pronto, los sujetos allí presentes comenzaron a levantar sus brazos derechos a noventa grados, uno a uno, sosteniendo la banderilla. Las cintas mecánicas a mis lados se detuvieron, pero no la que me correspondía. Faltaba un brazo en alto. Cumplí mi tarea, aunque con mi mano desnuda, ya que no tenía una bandera propia. La cinta se detuvo. Pasado algún tiempo, el proceso se repitió en forma inversa y las maquinarias se volvieron a encender. Por más que lo reflexionase, no podía entender la lógica que allí se aplicaba. Esto se repetía a tiempos intermitentes y sin poder yo intuir las razones. Todo el tiempo, las cintas avanzaban y se detenían sin transportar objeto alguno.

Decidí entonces realizar un experimento. Comencé a ser yo quien levantaba o bajaba la bandera en períodos arbitrarios de tiempo. Todos seguían, entonces, mi liderazgo. Continué levantando y bajando el brazo con rapidez mientras los demás me imitaban. Traté de alterar el proceso de todas las maneras que se me ocurrieron, pero esto no sucedía. Pronto me aburrí de este ejercicio inútil, pero mi falta de entusiasmo coincidió con la aparición de una bandera azul en el acceso a la planta. Todos se pararon y comenzaron a retirarse en forma ordenada y siempre en silencio.

Durante el tiempo que estuve en aquel edificio, el atardecer se había hecho presente en la ciudad. El clima se había enfriado y casi no había nadie en las calles. Comencé a preguntarme dónde pasaría la noche y qué debería hacer. Entonces decidí repetir el procedimiento anterior y me predispuse a seguir a algunos de mis compañeros de banderilla. Todos marchaban en la misma dirección. Cuando el primero

de ellos entró en uno de los edificios iguales que componían la avenida, ingresé detrás de él. Subimos por escalera hasta un cuarto piso y este individuo abrió una puerta sin número y se perdió dentro. Como noté que no había utilizado ninguna llave, intenté hacer lo mismo con la puerta contigua. Esta cedió con sencillez, por lo que allí me refugié.

Al entrar, vi una silla y con ella trabé la puerta. Se trataba de una humilde habitación, con una cama y un escritorio. El sepia era el color principal que amalgamaba todo el lugar. Una ventana cuadrada, igual a todas las demás, permitía el ingreso de luz y ver hacia la calle. No estaba resguardada por cortinas o persianas. Tampoco había energía eléctrica, o al menos, no supe accionarla. Me senté en la cama agobiado y agotado. Lloré como no lo hacía desde que era un pequeño. Y al notar que el sonido de mi llanto era imperceptible, esto me exasperó aún más, al punto de abandonarme a la desesperación más absoluta. No recuerdo el momento en que caí desmayado producto del cansancio y la amargura.

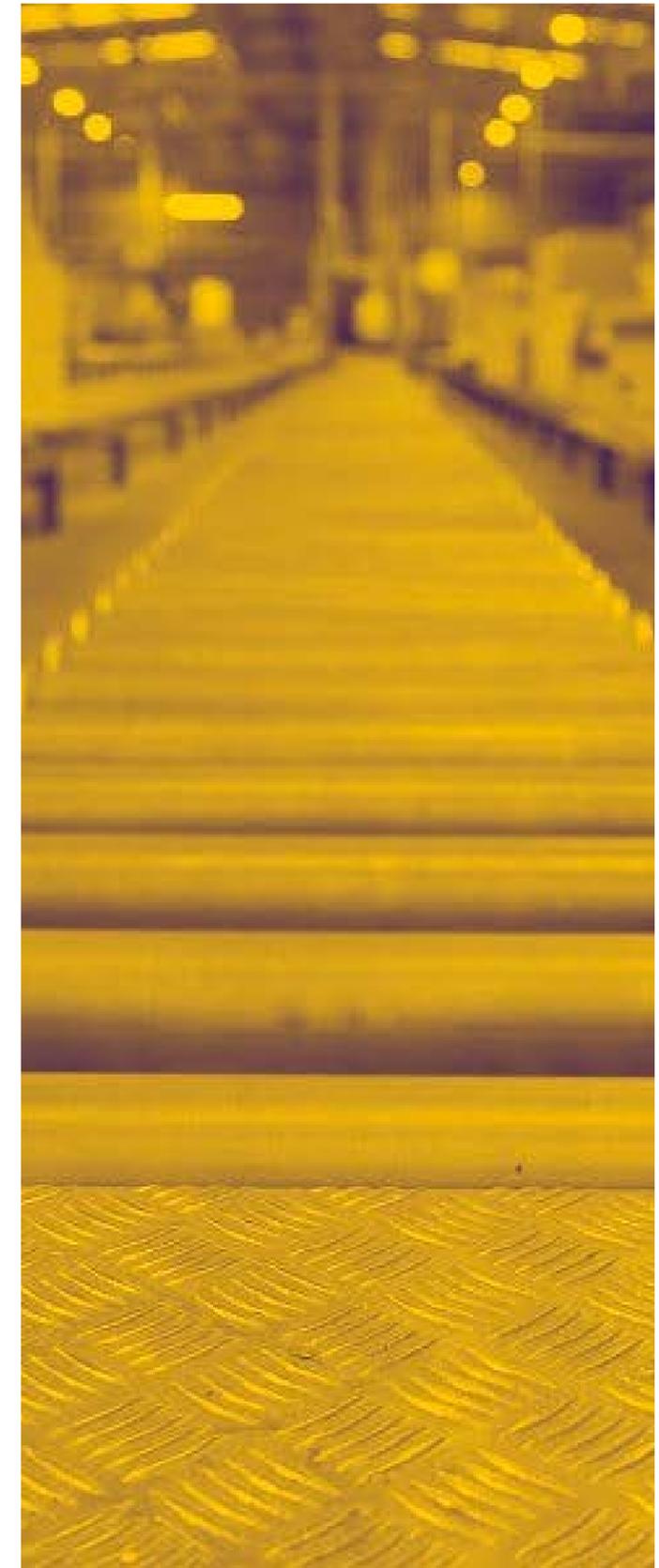
Al despertarme, me sentía algo diferente. Me levanté y fui al sanitario minúsculo de mi habitación. Me lavé la cara y noté algo extraño en mí. Llevaba puesto un impecable saco, además de un pantalón y una camisa que nunca antes había visto. Busqué por la habitación, no había muchos recovecos por explorar, pero no logré encontrar mis antiguas prendas. Salí a la calle con mis nuevos zapatos puestos. Cientos de hombres vestidos como yo caminaban sincopadamente en una única dirección. No logré escabullirme, ya que lo hacían muy próximos unos a otros. Cuando algunos de los que se encontraban delante de mí ingresaron a un edificio, fui llevado por la marea humana dentro.

Los hombres y mujeres de aquel lugar ocupaban con lentitud sus lugares, próximos a vacías cintas transportadoras, prestos a iniciar su reiterada e improductiva tarea. Quedaba una banqueta desocupada con una banderilla sobre ella. Fui hasta allí, la tomé y me senté en mi lugar. Esperé con paciencia el inicio de la jornada, mientras estudiaba de cerca la inútil máquina.

El borde de acero inoxidable de la cinta brillaba resplandeciente, con la luz que ingresaba del exterior. Acerqué mi vista a ese perímetro y vi allí el reflejo de mi propia cara. Entendí que era el mismo rostro frío, inmutable y resignado de todos aquellos hombres. Grité y grité, como nunca antes lo había hecho. Mis compañeros al verme me acompañaron en alaridos desesperados. Algunos tomaban sus caras, tironeaban de sus pelos o alzaban los brazos como en súplica. Pero ningún sonido invadió la fábrica. El silencio era la única fuerza existente allí.

Una palanca accionó una señal azul sobre nuestras cabezas. Entonces tomamos nuestras banderillas, dispuestos ya a iniciar nuestra labor diaria. Las cintas se pusieron en movimiento, transportando absolutamente nada.

Teodoro Eneas Tenenbaum. Nació en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires en Argentina, donde reside. Es arquitecto egresado de la Universidad de Buenos Aires. Escribe varios artículos para distintos medios, destacándose "Utopía y Normativa" publicado recientemente en un medio especializado local. Escritor de ensayos, cuentos y relatos. Algunos de ellos fueron seleccionados en varios certámenes locales e internacionales. En el presente año fui premiado en el concurso "Lugares Invisibles", convocado por la Universidad Santo Tomas de Colombia; en el concurso "El futuro en 100 palabras", organizado por la Universidad Iberoamericana León de México. Y también en el "VI Premio Letras de Iberoamérica", organizado por la revista En Sentido Figurado.



SARTÁN

por Alejandro Ordóñez



Ocurrió en los años de la pandemia, cuando la gente moría en las calles o en su propia casa y la cantidad de fallecimientos hacía recordar la terrible peste negra que diezmó a la población de Europa en plena Edad Media. Los enfermos luchaban para ser admitidos en las clínicas públicas o privadas, más las instalaciones hospitalarias estaban rebasadas y hasta los servicios funerarios resultaban insuficientes. Así, llegamos al cementerio a una hora poco usual, la noche se nos venía encima, los nubarrones negros presagiaban tormenta. Había fallecido la amiga de mi infancia, persona muy apreciada en la comunidad; sin embargo, éramos pocos los dolientes pues las autoridades habían advertido sobre el riesgo de participar en actos masivos. El sacerdote repetía con voz cansina su responso; de pronto el cielo empezó a tronar y las nubes a iluminarse fugazmente con relámpagos amenazadores. Se vino la lluvia, nos refugiarnos bajo una carpa, la madre de mi amiga explotó en llanto, el granizo golpeaba con fuerza el ataúd metálico y hacía ininteligibles las palabras del padre. Al costado de la fosa donde descansaría mi amiga se veía el túmulo de un funeral reciente, cuya tierra se convertía en un banco de lodo. Me distraje viendo cómo se deshojaban las coronas. Me sentí mareada cuando se movió la tierra de esa tumba, apreté con fuerza el brazo de otra amiga, para no caerme, estaba equivocada, lo comprendí cuando la descubrí mirando hacia el mismo sitio. Desde lo alto del montículo se desprendió una piedra que rodó hasta topar con mi zapato. Vi el miedo reflejado en su mirada. La tormenta amainó, se hizo el silencio, pronto

lo rompieron gemidos provenientes de la tumba contigua, mi amiga se persignó. ¡Jesús!, dijo con voz sobresaltada. Nuestro entierro había terminado, la gente se despedía y corría hacia los autos. Se escuchó un llanto tenue, después un agudo chillido salió del mismo sitio. Mi amiga saltó, clavó sus uñas con fuerza en mi antebrazo. ¡Dios mío, qué es esto! y huyó precipitadamente. Sólo me acompañaban los tres enterradores. No atinaba a moverme, el miedo me paralizaba. Traté de controlarme, algo era cierto, alguien había sido enterrado vivo y ahora reclamaba ayuda a gritos. Podía ignorar su petición de auxilio y alejarme, dejarle morir lentamente, pero no me lo perdonaría nunca. Me acerqué al jefe de los enterradores. ¿Escuchó? -pregunté- Se recargó sobre el zapapico. Ayudémosle, les doy una propina. Mire güerita, si fuera usted no me metería en asuntos ajenos, no vale la pena, créame. Dupliqué, tripliqué la oferta, sólo uno de ellos, de nombre José, aceptó, los otros dos se retiraron del lugar. La herramienta iba y venía quitando el lodo y al hacerlo los chillidos se escuchaban con mayor claridad. El hombre sudaba copiosamente; yo temblaba sin poderme controlar. Un fuerte chillido nos hizo comprender, lo había lastimado. Cuidadoso introdujo su pala debajo de ese cuerpo, lo arrojó a un costado y el extraño ser, cubierto de lodo, gimíó. Arrebaté la botella de agua de don José, lo rocié, se trataba de un gato o los restos de él. Se reanudó una lluvia copiosa, pagué la cantidad convenida, me quité el sacó, cubrí con él al moribundo, lo cargué

hasta el auto y lo llevé a casa. Ya ahí calenté leche, se la ofrecí, fue incapaz de beberla y hasta de abrir los ojos. Busqué un gotero, lo alimenté cual si fuera un animal recién nacido. A pesar de su olor y suciedad lo envolví en una toalla y lo acosté a mi lado. Al día siguiente lo llevé con el veterinario. Lo bañó, auscultó, e inyectó alguna vitamina para ayudarlo a reponerse, recibí un impresionante gato negro que al sentirse protegido entre mis brazos abrió sus ojos dorados dejando ver una mirada maligna.

¿Se puede saber de dónde sacaste a este pestilente animal? Le expliqué, tratando de ser paciente. Arrojé los lentes sobre la mesa. ¿Lo hallaste en un panteón, me estás diciendo? ¿Estaba enterrado en una tumba?, qué peligro. ¿No te da miedo? Tiene aspecto feroz. ¿Te has preguntado quién lo enterró, cuántas horas estuvo en la fosa, cómo aguantó el peso de la tierra y sobrevivió a la falta de oxígeno? ¿No te parece extraño? ¿No preferirías dormirlo? No, contesté indignada. Se encogió de hombros, si cambias de opinión búscame, yo no tentaré al diablo, piénsalo. Durante las siguientes dos semanas, mientras el animal buscaba sobrevivir, no ocurrió nada extraordinario. Apenas recuperado exploró el departamento y las cosas cambiaron...

Me reuní con la amiga, testigo de lo ocurrido en la tumba contigua durante el sepelio; cuando supo que era un gato y estaba en mi casa, se sobresaltó. Ni siquiera sabes cuál es su origen, dijo, no puede tratarse de una casualidad, ¿cómo llegó ahí, los enterradores se dieron cuenta y no lo salvaron? Deberías volver al cementerio y preguntar si alguien sabe algo de él. Regresé al panteón, busqué a don José -no lo hallé-, pregunté a los otros dos empleados, dónde podría encontrarlo. Se quitaron el sombrero, se rascaron la cabeza y al fin, con voz apenas audible, contestaron. No sabemos, la misma noche de su servicio, desapareció. Su familia lo busca, no ha podido encontrarlo. Tal vez lo asaltaron para robarle su dinero. ¿Y del gato, qué pueden decirme? ¿A poco lo enterraron vivo, sin darse cuenta?, ¿deseaban deshacerse de él? No güerita, no fuimos nosotros, ¿de veras quiere saber quién es el dueño? Señaló hacia el fondo de la barranca colindante con el camposanto. ¿Ve ese jacal? baje con cuidado, el suelo es resbaloso

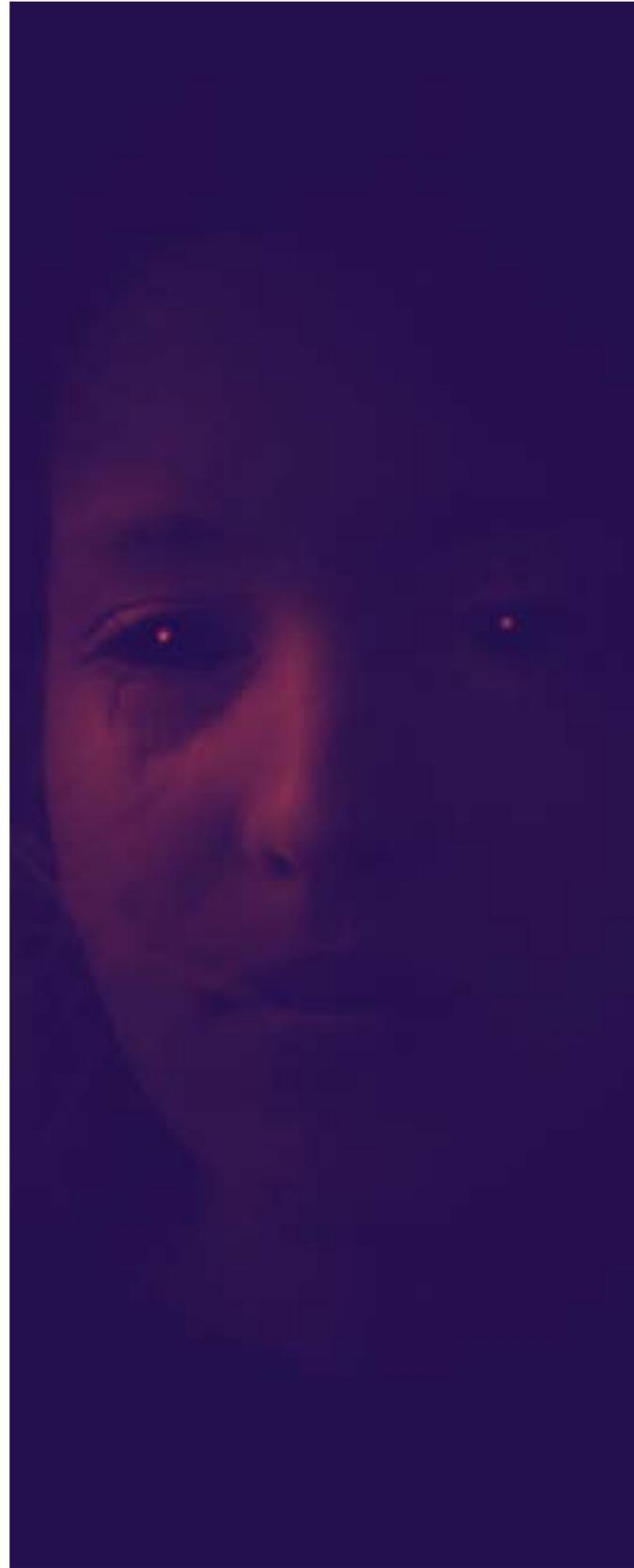
y está lleno de rocas, encontrará a la bruja Herlinda, tenga cuidado, tiene mucho poder y es peligrosa. De seguro me habrá visto desde la ventana de su cuchitril, salió a recibirme una anciana de baja estatura, flaca, pelo blanco y miope. ¿Qué se te ofrece, hija? preguntó -arrugando la nariz-. Le expliqué con lujo de detalle lo acontecido, noté su impaciencia. ¿Sacaste al gato, de su tumba? ¿Sabes los trabajos de magia, las potencias que invoqué y los riesgos corridos para llevarlo ahí? ¿Comprendes la gravedad de tu falta? ¡No!, eres incapaz de hacerlo. Liberaste a un espíritu maligno, ese gato es el mismísimo Satán. ¿Lo tienes en tu casa? ¡Qué impertinencia! Lo vas a pagar caro, muchacha. No veo cómo podrás deshacerte de él. ¡Desde luego!, el demonio puede asumir cualquier forma para engañar a sus víctimas. Hoy se aparece en forma de gato; mañana, de perro; de hombre o mujer; de joven o viejo. Llegué devastada al departamento, al entrar descubrí en su mirada un odio infinito, parecía saber de dónde venía y estuviera amenazando con hacerme pagar las consecuencias. -Desapareció por el ventanal, de un salto- Traté de aprovechar su ausencia, controlé mi miedo, cerré rápidamente las ventanas. Comentaba a mi amiga lo ocurrido cuando se fue la luz. Era noche cerrada, localicé a tientas una caja de cerillos, prendí dos candelabros. Tenía los cabellos y los vellos de punta; conforme avanzaba en mi relato percibía -a través del teléfono- cómo le iba ganando el terror a mi amiga. Escuché el ulular del viento, las cortinas se agitaban y golpeaban entre sí, se apagaron las velas, me levanté, fui hasta las ventanas, supuse que el vendaval las habría abierto. Estaban cerradas, sentí terror. Grité pidiendo ayuda a mi amiga, no me escuchó, la comunicación se había cortado. Volví a prender las velas; sin embargo, tan pronto lo hacía volvían a apagarse. Escuché un ruido extraño, alguien estaba afuera y arañaba la madera, exigiendo entrar. Corrí a mi cuarto, deslicé el seguro, me dejé caer en la cama. Rasguñaban ahora la puerta de mi recámara. Cubrí mi cabeza con la almohada, aun así escuchaba los maullidos feroces. No entendía cómo lo había logrado, estaba dentro de mi casa. Grité, lloré, le pedí se fuera, me dejara en paz; después de todo fui yo quien lo salvó de una muerte segura. Los chillidos del animal cesaron, tomaron su lugar horrendas carcajadas, luego fuertes toquidos exigiendo entrar. Pedí, imploré piedad, hasta

quedar dormida.

Me despertó el viento frío, las cortinas se agitaban afuera de las ventanas, como si alguien hubiera utilizado esa ruta para salir de la casa y se las hubiera entrellevado. Me sentía mareada, estaba desnuda, me dolía el cuerpo. Descubrí una mancha de sangre, en las sábanas blancas, estaba cubierta de arañes y mis partes íntimas lucían hinchadas. Sonó el timbre del teléfono, contesté, no pude contener el llanto, mi amiga trataba de calmarme. Voy a tu casa, escuché, no puedes seguir sola, te vienes conmigo al departamento; llamó a un doctor, me dio un calmante, dormí el resto del día, desperté entrada la noche, mi amiga leía cerca de mí; comprendí, vigilaba mi sueño. Me calmé, su presencia bastaba para sentirme protegida. Estábamos sentadas en la sala, de improviso se fue la luz, estábamos a oscuras, temblaba, tenía los pelos de punta y en mi garganta se ahogaba un grito de espanto, prendió unas velas, las flamas se agitaban con el viento y hacían que nuestras sombras crecieran o se hicieran diminutas, lo cual aumentaba mi miedo. Se escucharon tenues rasguños, golpes en la madera, cogió un candelabro, caminó hacia la puerta, antes de abrirla volteó a verme, bajo las flamas de las velas brilló su perversa sonrisa y una mirada siniestra. No temas, escuché, es un viejo amigo, viene por ti.

Alejandro Ordóñez

Autor de nueve novelas, tres de ellas históricas; la primera, llamada "Cábulas", fue editada por la editorial Plaza y Valdés y la más reciente, "Real de San Miguelito Arcángel", disponible en Amazon.com. Ha obtenido diversos premios de cuento y novela; escribió guiones para el programa televisivo "La hora marcada". Titular de una columna periodística en la que ha publicado cuentos, crónicas, artículos de opinión, análisis político y cultural, misma que se ha difundido por periódicos y revistas impresas, así como digitales; y editorialista en programas de radio. Actualmente colabora con la revista "Molino de Letras".



CONFUSIÓN PASAJERA

por Víctor Lowenstein



Presumirán no reparar en tu presencia cuando bajas al salón y allí, lo sabes niña, estarán todos. Llegarás cuando las copas de coñac estén servidas y un bálsamo a café flote en el aire, retiradas apenas las tazas de la mesa. Sólo se oirá el crepitar de los leños en la chimenea y será un silencio cercano al sueño. Entonces la campanada que anuncia la medianoche hablará por sí sola ocultando tu voz y nadie escuchará tu grito. O fingirán no escucharlo y finalmente será el alivio de una confusión pasajera. Responderán a tu sonrisa benévola póstuma de toda palabra con falsas y encantadoras sonrisas y alguien, oportunísimo, pedirá el juego de naipes.

Víctor Lowenstein.

Escritor. Corrector literario. Coordinador de talleres literarios. Ha publicado los libros: "Veo cosas muy raras" relatos, Editora Indómita, 2003. "Simetrías obscenas" cuentos, editorial sábado negro, 2004. "Malamuerte" cuentos, Editora Indómita, 2006. "Taratología de los espejos" ensayos y cuentos, AqL, 2013. "Paternóster" cuento, fdcm 2014. "Artaud, el anarquista metafísico" editorial De los cuatro vientos, 2015. Premios "Capparelli" "Al pie de la letra" "Horacio Quiroga" y "Tahiel ediciones".

Escribe textos de carácter fantástico, no tradicional, ligado a la literatura de raíz kafkiana que explora territorios experimentales, weird, la inter-zona de la textualidad contemporánea.

HABLEMOS DE LIBROS

“Primera sangre”

Amélie Nothomb.

Por Marilú Ricalde

Finales de la II Guerra Mundial. La población europea vive sus consecuencias. Pérdidas humanas, declive de clases sociales. La comida es escasa, la situación económica no es óptima. Abandonos, lágrimas justificadas, sentimientos encontrados, fuertes emociones. Todo es un caos; sin embargo, la vida del pequeño Patrick no parece envuelta en la tragedia. Al contrario, su mundo es una fantasía. Todas sus necesidades se sustituyen con aventuras, el cariño se disfraza de abuelos amorosos y primos divertidos. Su anhelo de crecer ciega sus ojos ante las desgracias.

La originalidad de la autora es sorprendente; su capacidad de expresión logra hacer un hermoso cuento, herramienta de la que se ayuda para contar la vida de su padre. Su héroe, logra convertir las circunstancias en oportunidades. El mundo que Amélie inventa es un mundo fantástico. El lector es capaz de ver la inocencia del vástago. El uso de las palabras, tan bien logradas, hace que el leyente perciba la ternura y ría aún en las tragedias.

Es el niño el que va creciendo hasta convertirse en el diplomático que siempre deseó; no sin antes cruzar la adolescencia. Patrick se disfraza de una especie de Cyrano de Bergerac. Un amigo desesperado busca su ayuda para iniciar correspondencia con su futura amada. Patrick acepta encantado sin sospechar que él mismo encontraría el amor.

Aún con tan pocas páginas, el lector vive de cerca el entorno de Patrick. Coincidentemente, mientras la autora trabajaba en esta novela biográfica, su padre pierde la vida. Sin embargo, este tributo hace honra a lo que Patrick Nothomb vivió. Y es que el héroe, que luchó con espadas para vencer dragones, ya de adulto logra salvar a cientos de rehenes custodiados en el Hotel Victoria en la ciudad de Stanleyville, en el Congo Belga en el año de 1965.

La baronesa **Fabienne Claire Nothomb**, mejor conocida como **Amélie Nothomb**, nació en Etterbeck Bélgica. (1966)

Debido a la profesión de su padre vivió en Japón, en China, los Estados Unidos, Laos, Birmania y Bangladesh.

En Bruselas estudia filología románica. Sin embargo, es rechazada por el entorno debido a su origen burgués y católico. Después de sus estudios regresa a Tokio para trabajar en una importante empresa japonesa. Su experiencia penosa la relata en el libro “Estupor y temblores” (1999) galardonada con el Gran Premio de novela de la Academia Francesa.

Desde 1992 publica un libro al año. El comienzo de su éxito coincide con la publicación del libro “Higiene del asesino” y de ahí a la fecha se le conocen 30 novelas y 15 relatos. En 2006 recibe el Premio Leteo.

Actualmente la autora vive de la literatura.

AMÉLIE NOTHOMB

Primera sangre

Traducción de Sergi Pàmies



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Marilú Ricalde Es una amante de las letras. Nacida en CDMX cursó la licenciatura en Contaduría Pública para darse cuenta más tarde que su verdadera profesión son las letras. Estudió en Casa Lamn y hoy sigue estudiando el oficio de escribir en varios talleres.

CELULOIDE EN LLAMAS

Bendita ignorancia.

por Italo Ruas

Vivir envueltos en comodidades y lujos nos permite abstraernos de la realidad, nos distanciamos de toda crisis en la que se encuentre nuestro entorno y atrapamos nuestra existencia en el consumo constante de la oquedad. Nuestros relatos modernos están repletos de ejemplos dónde la vida de los individuos carecen de responsabilidad y compromiso con el mundo que los acoge, las personas exigen que la vida los nutra de bellas y felices experiencias sin que exista un esfuerzo de parte de ellos para alcanzar esa plenitud. Las primeras imágenes del tercer largometraje de la directora nigeriana Chinonye Chukwu, "Till" (2022), nos traslada a la década de los cincuentas en la ciudad de Chicago en donde una madre con su hijo disfrutan cantando en un viaje en auto hacia una tienda departamental. Ese mundo idílico en el que se presentan en la primera escena se fractura en cuanto entran a la tienda, ya que a Momie Till-Mobley interpretada por Danielle Deadwyler, se le recomienda de parte de la seguridad del complejo dirigirse al sótano para realizar sus compras, esto debido a que su presencia incomoda a la gente blanca que frecuenta ese espacio. Jalyn Hall quién actúa el papel de Emmet Till no se percata de esta situación, lo absorbe la necesidad de obtener una billetera para su viaje a Misisipi y es través de ese montaje escénico que nos presenta como su mente evade la realidad en donde existe un racismo recalcitrante que promueve la violencia contra ellos. Durante la primera secuencia con una duración de diez minutos nos muestra la sobreprotección de Momie hacia Emmet para



distanciarlo de la hostilidad social existente, y es así como le arrebatara la comprensión total de los peligros que lo rodean.

La intensidad de los colores con los que se visten los protagonistas se opacan conforme avanza la narrativa, esto nos indica que los personajes empiezan en un ambiente efímero y conforme avanza el relato a situaciones de choque, los personajes aterrizan tropezando en un suelo rocoso del que les costara levantarse. La fotografía a cargo de Bobby Bukowski nos presenta imágenes nítidas y claras para así expresar que el exceso de luz también ensombrece la sinceridad de las intenciones humanas. El uso de pocos emplazamientos motiva a que cada encuadre esté equilibrado, los movimientos de la cámara

en muchos casos son torpes para indicar que esa tranquilidad aparente en la que se desarrollan los Till, son sólo un espejismo. Las tomas cerradas del inicio de la película conciben la intimidad de la familia, esto será contrapuesto después del minuto sesenta y dos en dónde un Dolly Out le exigirá comprender al público que nuestra tranquilidad personal depende de nuestro entorno y no debemos distanciarnos de éste.

La estructura de este guión original permite que el espectador se familiarice primero con los personajes y sus circunstancias, para después hacer evidente lo precario en las leyes y los usos y costumbres de ciertas regiones. Este relato puntualiza la primera gran migración interna de los Estados Unidos que se presentó en los años veinte; En el caso particular de la obra esto se debe por las condiciones inhumanas en las que vivía la familia de Momie, quienes buscarían en el norte una vida digna. Es a partir de este pasado que se comprende el viaje de Emmet a Money, Misisipi el cual lo incita la abuela, Alma Carthan interpretada por Whoopi Goldberg, para así forjar en su nieto una identidad. El tejido fino entre escenas produce una armonía en el montaje de la obra, en la escena seis al minuto cinco de la película tenemos a una madre preocupada, la cual observa a su hijo dormido, es por esta composición y el uso de sólo tres tomas nos muestran lo protegido que está Emmet a la vista de su madre; En la escena veintinueve al minuto veinticinco su primo Simmy perturba el sueño de Emmet, al cual vemos en un primer plano dormido. Este vínculo entre escenas es recurrente para contrapuntar los discursos de la obra; podemos presentar el ejemplo de Emmet quién se pone sus calcetines preparándose para el viaje en la escena ocho al minuto seis, esto se contrasta en la escena treinta y uno al minuto veintiséis donde Emmet es obligado a vestirse para ser secuestrado por hombres blancos y se le expresa que a donde se dirige no requiere calcetines. Es gracias a la perfecta comprensión del tema que se pueden elaborar esas conexiones precisas dentro del guion y por lo tanto en el montaje alcanzar estos pesos que impactan al espectador.

Las escenas largas nos permiten dialogar con las situaciones para darles una correcta lectura, la directora no exagera en brindarnos planos secuencias y busca la fragmentación visual para encontrarnos en las diferentes perspectivas de esos eventos. En el caso particular de cámaras que viajan en 360 grados su intención es marcar los vínculos entre los personajes, como la preocupación particular esté cargando. Las tomas largas dentro de la obra nos permiten conectar el instante crítico en el que se encuentra el personaje, uno de estos momentos climáticos los podemos observar cuando Momie recibe una noticia vestida de naranja, este color implica cambio y la cámara hará el efecto Dolly Zoom tan representativo de Alfred Hitchcock, en ese instante el trabajo actoral por parte de Danielle Deadwyler nos confronta con nuestros peores miedos, similar al momento en la película de "Tiburón" (1975) de Steven Spielberg, en dónde Brody representado por Roy Scheider está sentado en la playa con el temor que sus hijos sean las futuras víctimas del asesino del agua. Otro momento con un gran trabajo actoral, aunado a la dirección de cámara hacia el final de la obra, con una duración de seis minutos Momie confrontará tanto a abogados como a fiscales frente a un jurado de gente blanca que no busca la justicia, sino el perpetuar la supremacía blanca. El desplazamiento de la cámara durante esta toma en Close up nos ayuda a percibir la frustración que siente el personaje, la cual intuye que su testimonio será inválido no por lo que expresa, sino por el juicio social de quien lo emite. El viaje del personaje perfectamente delineado cruza el umbral del dolor para convertirse en una voz de protesta contra las injusticias implementadas por un sistema soberbio que nos desea reconocer sus falencias.

Nuestra indiferencia se traduce en un acto violento contra todos los principios en los que deseamos fundir los pilares de la civilización, nuestro cinismo por ignorar las carencias de nuestro entorno provoca la iniquidad de las acciones humanas en nuestras sociedades.



Ítalo Mario Ruas Arias.

Director cinematográfico.

Dentro de sus múltiples actividades realizadas en el mundo de la cinematografía destacan:

Desde el año 2020 coproductor del proyecto "Telemática cultural", para la difusión de la cultura, en México y países de habla hispana, cada semana transmiten conferencias virtuales sobre cuestiones de humanidades. De 2017 a 2020 implementó y dirigió un espacio cinematográfico y con alianza de la Cineteca Nacional y otras distribuidoras, realizó la curaduría cinematográfica de más de 200 películas, incluyendo el estreno de la película Roma y los cortometrajes del Festival de cine de Morelia.

Su cortometraje "Papalotl" participó en varios festivales de cine y fue selección nacional en Rusia por Green Vision XII International Environmental Film Festival 2017, dicho cortometraje obtuvo diversos galardones y mereció elogios en festivales de Portugal, México y España.

Desde hace catorce años es docente de distintas prestigiosas universidades, como la Universidad Anáhuac y otras. Durante varios años fue director de comunicaciones en el Centro Universitario CUIH, y para la casa productora Punto de Idea realizó diversas actividades como fotógrafo, camarógrafo, asistente de producción, y otros, para la producción de diversos videos.

Desde el 2005 es director de cine independiente y ha elaborado diversos videos comerciales y cortometrajes, entre los que destacan: Juego de rol, de Kieven Herrasti; El Payaso y Lindé, ambos de Mariana Gómez y ha asesorado diversos proyectos estudiantiles de cine en la Universidad Iberoamericana.

Finalmente es de mencionar que desde 2007 imparte cursos de apreciación cinematográfica, en los que se entablan diálogos con el público, que abarca la historia, estética, técnica y los discursos filosóficos de obras cinematográficas, así como el reconocimiento de los directores y su trascendencia en el medio.

“VUELO DE BRUJAS” DE GOYA

por Ana Lourdes
Ross Aguilar



Conocida la brujería desde el imaginario medieval europeo, hacia el periodo renacentista fue aceptada como una realidad en términos judiciales; desde entonces, el sentido de la brujería se asume como real, se asientan acciones a llevar a cabo por la Iglesia católica y el Santo Oficio, bajo ciertos conciliábulo del Diablo, y se investiga sobre las complicidades de los brujos y brujas.

Goya parte de este fenómeno ciertamente popularizado a través de protecciones en forma de amuletos, señales contra el mal de ojo, -supuestos que provocaron autos de fe y mucho sufrimiento- como manifestación de un contexto de ignorancia, donde el pueblo y las autoridades comparten un imaginario que el pintor critica. Esto mismo puede observarse en el pequeño lienzo “Vuelo de brujas” que se encuentra en el Museo Nacional del Prado, en España. Pintado hacia 1798, este óleo mide 43.5x30.5 cm, es un breve espacio donde representa el pensamiento de asuntos de brujas.

En un entorno oscuro, donde se asume que la noche ha sobrevenido y se encuentra en su profundidad más marcada, acontece la escena: bajo una iluminación intensa se vislumbran tres personajes en vuelo que llevan a una víctima en sus brazos mientras lo insuflan, acorde a la ficha técnica del museo, lo que se deduce por las mejillas hinchadas; o absorben si se sigue el conocido dicho de “se lo chupó la bruja”, y entonces sus mejillas serían muestra de que se llenan de su sangre o esencia vital.

El caso es que estas brujas visten faldas que se agitan al viento y unos capirotos extremadamente largos, de los cuales descienden dibujos serpentinos. A juego en colores sus indumentarias, en rosado, verde y amarillento, las brujas soplan/succionan a un hombre que se agita desnudo extendiendo inerme sus brazos, mientras con la boca entreabierta pareciera que clama por ayuda, o grita. Este dinamismo contrasta con la escena que acontece en el piso. Dos personajes, vestidos con indumentaria propia de viajeros o campesinos, se encuentran el uno literalmente tirado boca abajo en el suelo, cubriéndose los oídos presa del pánico, y el otro se cubre con un manto blanco mientras con las manos efectúa el signo con el que se protege contra el mal de ojo, la higa, y avanza dejando detrás al asno en el camino que se pierde en la oscuridad.

La crítica se encuentra clara en el tema que, con base en el pensamiento contextual, puede reconocerse; los capirotos o corozas son un sombrero cónico que se utilizaba para denotar a los ajusticiados y quienes cometían delitos castigados por la Inquisición. Significa la humillación, pero aquí tienen forma de mitra alargada. En lugar de un sambenito que los condenaba a la vergüenza pública, las brujas se muestran casi desnudas y con colores llamativos. En los autos de fe se contratava a pintores para colocar flamas en los capirotos, pero aquí son serpientes las que se dibujan.

Los hombres en el suelo, por su parte, se protegen, no quieren ver ni oír lo que acontece. Uno se esconde, el otro huye de la escena: no ver, no escuchar y protegerse con lo único que se puede: el signo contra el embrujamiento. Inmóvil, el burro se halla en la parte inferior de la composición triangular, pero denota dónde se encuentra la ignorancia. Las brujas llevan a su víctima y los caminantes se han encontrado con una escena de horror; presa de la creencia, el encuentro inesperado incluye la religión, la justicia y la ignorancia. ¿En verdad fueron testigos del vuelo de las brujas o es la imaginación que el miedo provoca en el camino de los viajeros en la noche más oscura? La luz presenta la escena y rompe las tinieblas, pero los viajeros en su temor, no ven, no quieren ver. Goya así, nos comparte una crítica sutil donde la noche es el momento de las transformaciones y los miedos de los diversos estamentos de la sociedad.

Ana Lourdes Ross Aguilar

Es licenciada en Ciencias Humanas en la Universidad del Claustro de Sor Juana, estudió las bases de dibujo y pintura para aproximarse más a fondo a la teoría y la crítica artística, a través del conocimiento de materiales, técnicas y elementos formales.

Cursó una maestría en Historia del arte en la UNAM, se dedicó a la docencia de arte, a dar conferencias y visitas guiadas por las rutas del centro histórico, a la enseñanza de la historia, a la investigación, a la coordinación y elaboración de los editoriales de un Boletín; se graduó posteriormente de la Maestría en Arte Contemporáneo en México y con estas bases diseñó, junto con una colega, un Museo Itinerante sobre el concepto del Arte Moderno y el Horror desde la perspectiva filosófica.

Durante ocho años llevó la Dirección Académica de un Centro Universitario, en el Estado de México y, finalmente, por su labor docente le fue concedido el Doctorado Honoris Causa por el Colegio Internacional de Profesionistas.

Cuenta con experiencia de más de 21 años como docente ante grupo en diplomados, licenciaturas y posgrados; actualmente se desempeña en la Universidad Virtual Anáhuac, con trayectoria de varios años, donde desarrolla y es docente en diplomados de teoría e historia del arte universal.



Taches y tachones

Aviso de gratuidad.

Taches y tachones es una publicación de circulación gratuita, elaborada por un grupo de amigos con el único y exclusivo propósito de divulgar las letras y las artes, razón por la que no persigue fines de lucro y por ende carece y carecerá de ingresos, porque hasta los avisos comerciales son gratuitos; tampoco tiene erogaciones y los esporádicos gastos que lleguen a presentarse serán sufragados por los administradores de la revista, con cargo a su propio peculio.

www.tachesytachones.com